

Portavoz de la Gracia

NÚMERO 31

AVIVAMIENTO

*“Oh Jehová, aviva tu obra en
medio de los tiempos... En la ira
acuérdate de la misericordia”.*

Habacuc 3:2

Nuestro propósito

*“Humillar el orgullo del hombre, exaltar la gracia
de Dios en la salvación y promover santidad
verdadera en el corazón y la vida”.*

Portavoz de la Gracia

31

Avivamiento

Contenido

¿Qué significa avivamiento?.....	3
<i>Horatius Bonar (1808-1889)</i>	
Motivos para un avivamiento	6
<i>David Martyn Lloyd-Jones (1899-1981)</i>	
Preparación para el avivamiento.....	12
<i>Charles H. Spurgeon (1834-1892)</i>	
Oremos por el Espíritu.....	18
<i>James W. Alexander (1804-1859)</i>	
El derramamiento del Espíritu Santo.....	23
<i>Robert M. M'Cheyne (1813-1843)</i>	
Ruegos solemnes por un avivamiento.....	27
<i>Charles H. Spurgeon (1834-1892)</i>	
Los hombres que Dios usa en un avivamiento.....	32
<i>Horatius Bonar (1808-1889)</i>	
Predicando para que haya un avivamiento.....	40
<i>William Reid (1814-1896)</i>	
Doctrinas cruciales y avivamientos.....	44
<i>David Martyn Lloyd-Jones (1899-1981)</i>	
El efecto del avivamiento	46
<i>Jonathan Edwards (1703-1758)</i>	

Publicado por Chapel Library
Enviando por todo el mundo materiales centrados en Cristo de siglos pasados

© Copyright 2020 Chapel Library, Pensacola, Florida, USA.

En todo el mundo: Por favor haga uso de nuestros recursos que puede bajar por el Internet sin costo alguno, y están disponibles en todo el mundo. In **Norteamérica:** Por favor escriba solicitando una suscripción gratis. *Portavoz de la Gracia* se publica dos veces al año. Chapel Library no necesariamente coincide con todos los conceptos doctrinales de los autores cuyos escritos publica. No pedimos donaciones, no enviamos promociones, ni compartimos nuestra lista de direcciones.

En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con

CHAPEL LIBRARY
2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA
chapel@mountzion.org • www.chapellibrary.org

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno.

www.chapellibrary.org/spanish

¿QUÉ SIGNIFICA AVIVAMIENTO?

Horatius Bonar (1808-1889)

QUÉ es un avivamiento? Propiamente dicho, es la restauración de la vida que se ha perdido y, en este sentido, se aplica sólo a la Iglesia de Dios¹. Pero, usado en una acepción más común, es *el retorno de las multitudes a Dios*. Así como la conversión es el retorno del alma a Dios, el avivamiento es una repetición de este mismo proceso espiritual en miles de casos. Es conversión a gran escala. Es lo que ocurrió bajo los apóstoles en Pentecostés, donde tres mil almas se convirtieron por la exposición de un solo sermón. Es lo que sucedió en Corinto, Tesalónica y Éfeso cuando, por la predicación de los apóstoles, las multitudes creían y se convertían al Señor. ¡Esto es lo que significa avivamiento! En la medida en que corresponda con estas escenas bíblicas, mientras sea fidedigno, lo defendemos. Cuando difiere de los precedentes bíblicos o no sea congruente con la verdad bíblica, no lo defendemos. Dejemos que los opositores de los avivamientos argumenten contra nosotros. Nosotros estamos dispuestos a aplicar esta prueba, ¿tienen ellos esta disposición? Nuestra postura es equitativa y satisfactoria. Si realmente están buscando la verdad, no debieran temer.

Podemos suponer que existen objeciones sinceras a los avivamientos. Si producen inmoralidad, siembran sedición, promueven lascivia o son hervideros de hipocresía, entonces merecen condenación. Pero, ¿son así? ¿Han dado frutos de maldad? ¿Han hecho que los hombres sean malos ciudadanos, malos patrones, malos progenitores o malos hijos? ¿Han convertido en borrachos a hombres sobrios, a hombres castos en lascivos, a los hombres pacíficos en desenfrenados, a justos en blasfemos, a los probos en sediciosos? ¿Están abarrotando o vaciando nuestras cárceles? ¿Están llenando o evacuando nuestros bares? ¿Están aplacan-

¹ ¿Qué significa avivamiento? Podemos definirlo como un período de bendiciones y actividades inusuales en la vida de la Iglesia Cristiana. Principal y, evidentemente y por definición, un avivamiento es algo que sucede primero en la Iglesia entre el pueblo cristiano, entre creyentes. Eso, repito, es cierto por definición. Es avivamiento; algo es revivido y cuando decimos esto significa que ya hay algo que tiene vida. Pero esa vida comenzaba a declinar, a decaer hasta estar casi moribunda y algunos decían: “Está muerta, está acabada” porque no veían muchas señales de vida ni actividad alguna. Avivamiento significa despertar, estimular la vida, volver a traerla a la superficie. Sucede principalmente en la Iglesia de Dios, entre el pueblo de creyentes en Cristo, y es sólo por un efecto secundario que afecta también a los de afuera. Éste es un punto muy importante porque esta definición nos ayuda a entender de una vez por todas, la diferencia entre un avivamiento y una campaña de evangelización (David Martyn Lloyd-Jones, *Revival* [Avivamiento], 99).

do o incitando las divisiones? ¿Están incrementando o disminuyendo la cantidad de crímenes y criminales?

Respondemos a estas preguntas con algunas afirmaciones. Las divisiones han desaparecido donde ha habido avivamiento, los enemigos se han abrazado, tanto que hasta un juez papista da testimonio de una mejora maravillosa en este sentido en su propia comunidad. Las fiestas con borracheras en las bodas y funerales, no sólo han cesado, sino que se han transformado en reuniones de alabanza y oración; y ya no se oye de escenas brutales de peleas y derramamiento de sangre en dichas ocasiones. Miles de borrachos son ahora sobrios, miles de blasfemos han dejado de serlo, todo el aspecto moral de familias, pueblos y ciudades ha cambiado para bien. Cientos de romanistas han dejado atrás su superstición; cientos de unitarios² han reconocido que el Señor Jesús es Dios; pobres mujeres inmorales se han apartado de sus malos caminos, los bares se han cerrado y ahora hemos penetrado con el evangelio entre aquellos a quienes estamos acostumbrados a llamar las “masas”, en una medida nunca vista.

Pareciera entonces que los resultados de los avivamientos irlandeses han sido buenos y no malos; buenos religiosa, moral y socialmente. Sus tendencias van todas en la dirección correcta. Por lo tanto, reconociendo todo lo que se ha dicho contra ellos y teniendo en cuenta lo que llaman exageraciones y que en algunos casos ha existido una mezcla de hipocresía y decepción, aún queda un gran balance a su favor. Han disminuido los crímenes, han transformado la ebriedad en sobriedad, la deshonestidad en honestidad, los vecindarios pendencieros en remansos de paz, el odio en amor. De ciudadanos malos, han hecho buenos; de malos cónyuges, buenos; de malos patronos, buenos; de padres malos, buenos; de hijos malos, buenos y de religiosos solo de nombre, han hecho adoradores devotos y fervientes.

Estos son los resultados de los avivamientos. “Por sus frutos los conoceréis” (Mt. 7:20). ¿Son estas las obras de Satanás? ¿Son estas cosas de abajo o de arriba? ¿Son terrenales o celestiales? Si son obras de Satanás, entonces su reino está dividido y está luchando contra sí mismo (Mt. 12:25).

² **Unitarios** – Miembros de diversos grupos antitrinitarios que negaban la deidad de Cristo, los cuales se originaron con Arrio de Alejandría (años 250/56-336) y otros en siglos posteriores; Fausto Socino (1539-1604) fue el líder de antitrinitarios en Hungría y Polonia durante la Reforma en Europa; todos los unitarios niegan la Trinidad y han ido rechazando, más y más, lo sobrenatural y la autoridad de la Biblia.

También debe notarse que todos los hombres realmente creyentes que han visitado esas escenas están convencidos de que son obra de Dios. Los no creyentes y profanos se cuentan entre sus enemigos. Los curas papistas están en su contra. Los dueños de los bares están en su contra. Los unitarios están en su contra. Los amantes de los placeres están en su contra. Todas estas son cosas que hablan decididamente en su favor.

Estas son pruebas fehacientes de la obra de Dios, no del hombre ni de Satanás. Dios se ha levantado para realizar en nuestros días una obra digna de sí mismo, una obra gloriosa en la que los instrumentos humanos son descartados y el Espíritu Santo es el gran e indisputable obrero. Una obra como ésta no será fácilmente derribada. No será denigrada por las burlas, ni vulnerada por interpretaciones equivocadas, ni detenida por la hostilidad de los protestantes de nombre, ni los romanistas airados.

Arrojen sus puñados de arena en el torrente, ustedes, enemigos de Cristo, ¿acaso detendrá esto su victorioso avance? Coloquen embarcaciones en el Nilo desde Tebas hasta Alejandría, ¿incidirán estas sobre el desbordamiento de sus aguas? Traigan sus poderosas mangueras contra incendios para enfrentar esta conflagración divina que arrasa a Ulster³, ¿podrán con ellas apagar siquiera una chispa? Llamen a los Balaam, a sus profetas mentirosos de la prensa, ¡ay ustedes Balacs de Moab! Colóquenlos en cada verde montaña desde Donegal a Downpatrick⁴ y díganles: “Ven, maldíceme a Jacob, y ven, execra a Israel” (Nm. 23:7). ¿Cuál puede ser la respuesta? “¿Por qué maldeciré yo al que Dios no maldijo? ¿Y por qué he de execrar al que Jehová no ha execrado?” (Nm. 23:8).

Tomado de *Authentic Records of Revival, Now in Progress in the United Kingdom* (Registros auténticos de avivamiento, sucediendo ahora en el Reino Unido), editado por William Reid, Londres: James Nisbet and Co., 1860.

Horatius Bonar (1808-1889): Pastor presbiteriano escocés y prolífico autor de tratados, libros e himnos; nacido en Edimburgo, Escocia.



³ **Ulster** – El autor se refiere al gran avivamiento irlandés (1858-1859) que comenzó en Ulster.

⁴ **Desde Donegal a Downpatrick** – El autor se refiere a una distancia muy grande, pues Donegal está en el oeste de Irlanda y Downpatrick en el este, de tal manera que para ir de un lugar a otro es necesario cruzar toda la isla de este a oeste.

MOTIVOS PARA UN AVIVAMIENTO

David Martyn Lloyd-Jones (1899-1981)

“Y dijo Moisés a Jehová: Mira, tú me dices a mí: Saca este pueblo; y tú no me has declarado a quién enviarás conmigo. Sin embargo, tú dices: Yo te he conocido por tu nombre, y has hallado también gracia en mis ojos. Ahora, pues, si he hallado gracia en tus ojos, te ruego que me muestres ahora tu camino, para que te conozca, y halle gracia en tus ojos; y mira que esta gente es pueblo tuyo. Y él dijo: Mi presencia irá contigo, y te daré descanso. Y Moisés respondió: Si tu presencia no ha de ir conmigo, no nos saques de aquí. ¿Y en qué se conocerá aquí que he hallado gracia en tus ojos, yo y tu pueblo, sino en que tú andes con nosotros, y que yo y tu pueblo seamos apartados de todos los pueblos que están sobre la faz de la tierra? Y Jehová dijo a Moisés: También haré esto que has dicho, por cuanto has hallado gracia en mis ojos, y te he conocido por tu nombre” (Éxodo 33:12-17).

SI leyéramos la historia de los grandes avivamientos del pasado, especialmente acerca de los hombres que se destacaron notablemente por la manera en que Dios los usó, al estudiar de ellos en el periodo inmediato anterior al avivamiento cuando suplicaban e intercedían, encontraríamos, de manera invariable, que los impulsaban exactamente, los mismos motivos que encontramos aquí en el caso de Moisés.

Por lo tanto, tenemos que ser muy claros en lo que respecta a nuestros motivos. Les llamo a orar por un avivamiento. Sí, pero ¿por qué hemos de orar por un avivamiento? ¿Por qué oraría alguien por un avivamiento?

La primera respuesta que encontramos en el pasaje es ésta: ***Una preocupación por la gloria de Dios***. Está al final del versículo 13: “Ahora, pues, si he hallado gracia en tus ojos, te ruego que me muestres ahora tu camino, para que te conozca, y halle gracia en tus ojos; y mira que esta gente es pueblo tuyo”. Ese es el motivo. Esa es la razón. Moisés se preocupaba, principalmente, por la gloria de Dios. Es importante notar que usaba constantemente este argumento con Dios... Le preocupa el nombre, es decir, la reputación y la gloria de Dios.

Esto es lo que vuelve a destacar aquí: “Esta nación”, dice “es pueblo tuyo”. Está diciendo, de hecho, que el honor y la gloria de Dios es parte integral de esta situación. Son, al fin y al cabo, su pueblo: eso es lo que han afirmado. El Señor les ha dado pruebas de que efectivamente lo eran; los sacó de Egipto de una manera maravillosa y milagrosa. Los llevó a cruzar el Mar Rojo; ¿va ahora a dejarlos aquí en el desierto? ¿Qué dirían los egipcios? ¿Qué dirían las naciones? ¿Ha fracasado? Les pro-

metió grandes cosas, ¿puede dejar de efectuarlas? ¿Acaso no puede cumplirlas? Moisés le está sugiriendo a Dios que su propia gloria y honor están en juego en toda esta situación...

Esto es lo que importa, ¿cierto? La Iglesia, después de todo, es la Iglesia de Dios... Somos un pueblo para ser posesión exclusiva y singular de Dios y ¿por qué nos llamó de las tinieblas a su luz admirable (1 P. 2:9)? Es, sin lugar a dudas, para su alabanza y para que anunciemos sus excelencias, sus virtudes. Por lo tanto, debemos preocuparnos de este tema, principalmente por el nombre, la gloria y la honra de Dios mismo. Nos guste o no, el hecho es que el mundo juzga al propio Dios, al Señor Jesucristo y a toda la fe cristiana por lo que ve en nosotros. Somos sus representantes, somos el pueblo que se adjudica su nombre, somos el pueblo que habla de Él y el hombre fuera de la Iglesia, considera a la Iglesia como la representante de Dios. Por lo tanto, afirmo que debemos seguir el ejemplo de Moisés, tal como lo encontramos aquí. Nuestra primera preocupación al orar por un avivamiento *debe ser por la gloria de Dios...* Esto es lo que tenemos que recuperar. Somos muy subjetivos en nuestro enfoque; pensamos siempre en nosotros mismos. Esa no es la manera de orar por un avivamiento. En primer lugar, tenemos que preocuparnos por *la gloria, la honra y el nombre de Dios.*

Esto para mí es la esencia de todo el tema. Leamos las grandes oraciones del Antiguo Testamento y veremos que esa prioridad está en todas. Estos hombres sentían una pasión por Dios; se afligían, se sentían mal porque el Dios grande no era adorado como debiera serlo. Y oraban a Dios por el propio bien de Él, por su gloria, para vindicar su nombre, y para levantarse y vencer a sus enemigos. Eso es lo primero.

Lo segundo, que debe ocupar siempre el segundo lugar, nunca el primero, es: ***Una preocupación por la honra de la propia Iglesia.*** Me parece a mí que no hay esperanza de avivamiento hasta que tú y yo, y todos nosotros, hayamos alcanzado la etapa en la que comenzamos a olvidarnos un poquito de nosotros mismos y nos preocupamos por la Iglesia, por el cuerpo de Dios, su pueblo aquí en la tierra. Muchas de nuestras oraciones son subjetivas y egocéntricas. Tenemos nuestros problemas y dificultades, y para cuando acabamos de orar por ellos, estamos cansados y agotados y no oramos por la Iglesia; [lo hacemos únicamente por] *mi* bendición, *mi* necesidad, *mi* esto, *mi* aquello. No estoy siendo duro ni cruel; Dios ha prometido encargarse de nuestros problemas. Pero, ¿dónde cabe la Iglesia en nuestras oraciones e intercesiones? ¿Vamos más allá de nuestra familia y de nosotros mismos? Nos ponemos de pie ante el pueblo y decimos que la única esperanza del mundo es el cris-

tianismo. Decimos que la Iglesia y, sólo la Iglesia, tiene el mensaje que se necesita...

Luego, por supuesto, la tercera razón es que *Moisés está preocupado por los pueblos apartados de Dios*. Quiere que sepan que el Dios de Israel va con ellos: “¿Y en qué se conocerá aquí [en el desierto donde estamos] que he hallado gracia en tus ojos, yo y tu pueblo, sino en que tú andes con nosotros, y que yo y tu pueblo seamos apartados de todos los pueblos que están sobre la faz de la tierra?” (Éx. 33:16).

Estos son los motivos para orar por un avivamiento: Por el nombre, honra y gloria de Dios, y por el bien de la Iglesia cuyo dueño es Él. Sí y luego por el bien de aquellos pueblos apartados que se burlan del Señor, lo desprecian y ridiculizan. “Ay Dios”, dice su pueblo una y otra vez, “levántate y siléncialos. Haz algo para que podamos decirles: ‘Estad, quietos, guardad silencio, entregaos’”.

“Estad quietos, y conoced que yo soy Dios” (Sal. 46:10). Esa es la oración del pueblo de Dios. Tienen puestos sus ojos en los que están apartados. Encontramos ilustraciones de ello a lo largo de toda la Biblia. Y esto ha sido cierto en todos los hombres que han sentido la carga de la condición de la Iglesia y cuyos corazones están quebrantados porque ven que el nombre de Dios es blasfemado. Oh sí, encontramos lenguaje muy fuerte aquí en la Biblia, a veces, tanto que ciertas personas tienen problemas con los salmos imprecatorios⁵. Pero los salmos imprecatorios no son más que una expresión del celo de estos hombres por la gloria de Dios. “Sean consumidos de la tierra los pecadores”, dice el autor del Salmo 104... No se trataba de un deseo de venganza personal. *Su oración denotaba que a estos hombres los consumía una pasión por Dios y su gloria y su grandioso nombre*. Algo pasa con nosotros si no sentimos dentro nuestro este anhelo: que Dios se levante y haga algo para cerrar las bocas y detener las lenguas de estos blasfemos arrogantes de hoy, con sus palabras aparentemente sinceras por radio y televisión; estos supuestos filósofos, hombres impíos y arrogantes. ¿No sentimos, a veces en lo profundo de nuestro ser, el anhelo de que sepan que Dios es Dios y que es el Dios eterno?...

Por lo tanto, esto debiera obligarnos a preguntarnos si nos preocupamos siquiera un poco por este pueblo apartado de Dios. Es terrible el estado de la Iglesia a la cual pertenecemos, si consiste exclusivamente de una colección de gente muy buena y respetable que no se preocupa por el mundo, que ignora a los perdidos, ni tiene en cuenta y se retrae

⁵ *Salmos imprecatorios*— Salmos que piden la maldición de Dios sobre los enemigos de Israel.

horrorizada por toda su bestialidad, su podredumbre y su monstruosidad. No sólo queremos que los burladores sean silenciados, sino también anhelamos que los ojos de hombres y mujeres que son como ovejas sin pastor, sean abiertos para ver la causa de sus sinsabores y que sean librados de las cadenas de iniquidad y de los grilletes de infamia, vicio e inmundicia. ¿Nos preocupamos realmente por tales personas y estamos orando para que Dios haga algo, que de alguna manera sean influenciados y afectados?

Según entiendo, esos tres fueron los motivos principales que impulsaron a Moisés cuando elevó estas peticiones a Dios.

Hay algo más digno de notar y eso es: *La manera como oró*. Hemos visto el motivo de su oración, hemos visto por qué oró por ese motivo; ahora tomemos nota de su método de oración. Si en algo necesitamos instrucción, es en este punto.

Las grandes oraciones bíblicas contienen siempre ciertos elementos y el primero de la oración de Moisés es su *osadía*, su confianza. En esa oración no hay vacilación. Hay una silenciosa confianza. Ah, déjeme usar otro término: hay una “osadía santa”. Ésta es la gran característica de todas las oraciones que siempre han prevalecido. Es, por supuesto, inevitable. No podemos orar de verdad y, menos aún, interceder si no tenemos la seguridad de que somos aceptados y si no sabemos cómo llegar al más Santísimo. Si cuando nos arrodillamos recordamos nuestros pecados y nos preguntamos qué hacer con ellos; si nos pasamos todo el tiempo orando para pedir perdón, preguntándonos si Dios nos estará escuchando, ¿cómo podemos orar por un avivamiento? ¿Cómo podemos interceder como Moisés lo hizo aquí? No, Moisés se encontraba cara a cara con Dios; tenía absoluta confianza; mostraba una audacia santa. Como hemos visto, Dios ya le había dado muestras de su cercanía y era por eso que podía hablar con confianza y seguridad...

Pero, hay un segundo punto que también es muy valioso e interesante, y éste es que entra en juego *el elemento de razonar* y de argumentar. Es muy osado, pero se basa en lo cierto. Permítanme recordarlo. “Y dijo Moisés a Jehová: Mira...”, lo cual realmente significa que está discutiendo con Dios. “Mira, tú me dices a mí: Saca este pueblo, y tú no me has declarado a quién enviarás conmigo. Sin embargo, tú dices...”. Notemos que le está recordando a Dios lo que Él ha dicho. Está argumentando con Dios: “Sin embargo, tú dices: Yo te he conocido por tu nombre, y has hallado también gracia en mis ojos. Ahora, pues, si he hallado gracia en tus ojos, te ruego que me muestres ahora tu camino, para que te conozca, y halle gracia en tus ojos; y mira que...”, dice Moisés, como si estuviera diciéndole a Dios: “Sé lógico, sé consecuente, cumple lo que

tú mismo afirmas. No puedes decirme esto y después no hacer nada”. “Ahora, pues, si...” –todavía argumentando– “...he hallado gracia en tus ojos te ruego que me muestres ahora tu camino, para que te conozca, y halle gracia en tus ojos; y mira que esta gente es pueblo tuyo”. Luego, en el versículo 16: “Si...” –si no haces esto– “¿y en qué se conocerá aquí que he hallado gracia en tus ojos, yo y tu pueblo, sino en que tú andes con nosotros, y que yo y tu pueblo seamos apartados...?”. Razonó con Dios. Argumentó con Dios, le recordó a Dios sus propias promesas y le suplicó a la luz de estas. Dijo: “Oh Dios, ¿no te das cuenta que habiendo dicho esto tienes que...?”.

¿Es correcto, puede preguntarse alguno, hablarle a Dios de esa manera? ¿No es mucha presunción? No, estos dos elementos van juntos. El autor de la *Epístola a los Hebreos* que habló tanto de presentarnos confiadamente ante el Trono de Gracia, nos recuerda también que lo hagamos con reverencia y temor santo. Todo esto es cierto. Lo que sucede aquí es que no estamos considerando al hombre bajo la ley dirigiéndose al Dador de la Ley. No, esto se trata de un niño hablándole a su padre. Y el pequeñito puede tomarse libertades con su padre que un adulto que no es su hijo, no se atrevería a tomarse. Oh sí, el que habla es un niño y él lo sabe. Dios le había hablado, por así decirlo, cara a cara, y Moisés lo sabía. Se acerca con su amor, su reverencia, su temor santo y se aventura a discutir. Le dice: “Tú has dicho esto, por lo tanto...”.

Algo más que debemos notar en la oración es su orden, su *franqueza: la petición es específica*. Notemos que Moisés no eleva una oración general indefinida, imprecisa. No, se concentra exclusivamente en una gran necesidad. Por supuesto, adoró a Dios; por supuesto, hubo reverencia y temor santo; pero ahora se ocupa sólo de un factor: La importancia de la presencia de Dios. No se desvía de ello. De hecho, expresaba: “De aquí no me muevo a menos que tú vengas. Tienes que acompañarnos”. Le da sus razones y se apoya en todos estos argumentos.

En cuanto a mí, no estaré satisfecho y optimista, a menos que sienta que la Iglesia se está concentrando exclusivamente en esto: *En orar por un avivamiento*. Pero todavía no hemos llegado a ese punto. Todavía estamos en la etapa de decidir qué comisiones nombraremos para que hagan esto, aquello y lo de más allá, pidiendo a Dios que bendiga lo que hemos hecho. Es inútil encarar así nuestras oraciones. Estas *tienen que* enfocarse explícitamente en ese único motivo. Tenemos que sentir esta carga, tenemos que ver que ésta es la única esperanza y tenemos que concentrarnos en esto y en esto perseverar: El orden, su organización, su concentración, su argumento y siempre su urgencia.

Moisés aquí es como Jacob en Génesis 32. Este elemento siempre está incluido en la verdadera intercesión: “No te dejaré ir”, dijo Jacob. Continuaré. Rayaba el alba; había estado luchando toda la noche. “Déjame ir”.

No, “no te dejaré, si no me bendices” (Gn. 32:26). Allí está la *urgencia*. Leamos las grandes oraciones bíblicas y comprobaremos que todas incluyen ese sentido de urgencia. En Hechos 4, leemos que los cristianos le rogaban a Dios que actuara ¡“ahora”! De hecho decían: “Ahora, Señor; debido a esto, debido a nuestra situación en este momento: haz esto. Danos alguna indicación, danos algunas señales, capacítanos para testificar con esta osadía santa y a dar testimonio de la resurrección de la cual nos prohíben hablar”. Notemos la urgencia de la oración. Moisés la sigue repitiendo, expresándose de formas diferentes y desde distintos puntos de vista. Pero había únicamente esta sola cosa: “Si tu presencia no ha de ir conmigo, no nos saques de aquí”. Insiste con urgencia: “No te dejaré”.

Esas, me parece a mí, son algunas de las lecciones de este pasaje. Verbalizamos nuestras oraciones, pero ¿hemos orado alguna vez? ¿Sabemos algo de este encuentro, esta reunión? ¿Tenemos seguridad de los pecados perdonados? ¿Estamos libres de nuestro amor propio y de nuestro egocentrismo para poder interceder? ¿Sentimos realmente una carga por *la gloria de Dios* y el buen nombre de la Iglesia? ¿Nos preocupamos por los de afuera? ¿Y estamos clamando a Dios por el bien de su propio nombre debido a sus propias promesas de escucharnos y contestarnos? ¡Oh, nuestro Dios, haznos intercesores como Moisés!

No vale que alguien diga: “Ah, pero él era un hombre excepcionalmente grande”. Dios, como lo hemos visto en la historia de avivamientos, ha utilizado a hombres que no eran nadie, exactamente de la misma manera como usó aquí a Moisés... Puede ser cualquiera de nosotros. Quiera Dios hacernos intercesores tal como lo fue Moisés.

Tomado de *Revival* (Avivamiento) por David Martin Lloyd-Jones, copyright © 1987, pp. 187-198. Usado con permiso de Crossway, un ministerio de publicaciones de Good News Publishers, Wheaton, Il. 50187, www.crossway.org.

David Martyn Lloyd-Jones (1899-1981): Predicador expositivo y autor galés; nacido en Cardiff, Gales, Reino Unido.



Un avivamiento impulsa al ser humano a refugiarse en la cruz de Cristo. La finalidad de un avivamiento no son los quejidos ni clamores de agonía del alma, sino la luz que viene de la fe auténtica y viviente en el Señor Jesucristo. —*John R. de Witt*

PREPARACIÓN PARA EL AVIVAMIENTO

Charles H. Spurgeon (1834-1892)

“¿Andarán dos juntos, si no estuvieren de acuerdo?” (Amós 3:3).

SI pretendemos contar con la presencia de Dios, es necesario que estemos de acuerdo con él. Tenemos que estar de acuerdo en cuanto al *propósito de nuestra existencia cristiana*. Dios nos ha creado para sí, a fin de que anunciemos sus virtudes. El propósito principal del cristiano es que, habiendo sido comprado con la sangre preciosa de Cristo, vivamos para él y no para nosotros mismos. ¡Ay hermanos! Me temo que no coincidimos con Dios en esto. Tengo que decirlo, por más doloroso que sea: hay muchos que dicen ser cristianos, pero lo son sólo de palabra y hasta hay algunos en esta iglesia que parecen creer que el propósito principal de su existencia cristiana es llegar al cielo, llegar a tener todo el dinero posible aquí en la tierra y dejar todo lo que pueden a sus hijos al morir. Digo “llegar al cielo” porque incluyen esto egoístamente como uno de los designios de la gracia divina. Pero me pregunto si, aparte de su felicidad de ir al cielo, les importaría mucho ir, si fuera sólo para la gloria de Dios, porque su manera de vivir sobre la tierra es siempre: “¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos?” (Mt. 6:31). La religión nunca produce en ellos alguna reflexión. Pueden juzgar, sondear, tramar y planear cómo conseguir dinero, pero ni siquiera se les ocurre pensar cómo servir a Dios. La causa de Dios ni les cruza por la mente. Se concentran en ver cuánto es lo menos que pueden contribuir al mantenimiento de la causa de la verdad o para extender el reino del Redentor. Lo único que hacen con su religión es pensar cómo pueden profesarla de la manera más económica y nada más. No me oirán hablar tonta y locamente como si creyere que no es justo y loable que el hombre quiera ganar dinero para satisfacer las necesidades de su familia y, aun, asegurarles su sustento cuando haya partido; es lo justo y adecuado. Pero cuando esto se convierte en el pensamiento principal –y estoy convencido de que éste es el caso de demasiados creyentes que lo son de labios para afuera– y olvidan a Quién pertenecen y a Quién sirven. Viven para sí mismos; han olvidado Quién fue el que dijo: “...Fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir... no con cosas corruptibles, como oro o plata” (1 P. 1:18).

Ruego a Dios que pueda yo sentir que soy hombre de Dios, que no tengo ni un cabello de mi cabeza ni una gota de sangre que no está consagrada a su causa. Y ruego, hermanos y hermanas, que ustedes también

puedan sentir lo mismo, que muera en ustedes ese egoísmo, que puedan decir sin faltar a la verdad: “No tengo nada de qué preocuparme, ni ninguna razón en este mundo por la cual vivir, más que la de poder glorificar a Dios y anunciar el dulce nombre de mi Salvador. No podemos esperar la bendición del Maestro hasta haber coincidido en esto. Ésta es la voluntad de Dios; ¿es hoy nuestra voluntad?”

Sé que estoy rodeado de muchos corazones fieles que dicen: “Mi anhelo es que ya sea que viva o muera, Cristo sea glorificado en mí”. Si somos todos de esa mente, significa que Dios está con nosotros. Pero todo el que piensa distinto y tiene un corazón dividido es un obstáculo y un impedimento para nuestro progreso. No perderíamos nada si prescindieramos de tales personas, sino que sería un beneficio espiritual para la causa si estas son echadas fuera...

Si queremos que Dios esté con nosotros, hemos de coincidir en que *la conversión de las almas es realmente deseable y necesaria*. Dios considera muy valiosas a las almas y así lo afirma con sus propias palabras: “Porque no quiero la muerte del que muere, dice Jehová el Señor; convertíos, pues, y viviréis” (Ez. 18:32). ¿Coincidimos con Dios en esto? Nuestro Dios considera que las almas son tan valiosas que aunque uno se gane la simpatía de todo el mundo, si pierde su alma, es un perdedor. ¿Coincidimos con Él en esto? En la persona de Cristo, nuestro Dios lloró sobre Jerusalén, empapando con lágrimas aquella ciudad que tenía que entregar a las llamas. ¿Derramamos también nosotros lágrimas? ¿Tenemos también nosotros compasión?... ¿Nos conmueve el alma al grado de agonizar de dolor porque los hombres se apartan de Dios y morirán obstinadamente en su pecado? Si, por otro lado, ustedes y yo decimos egoístamente: “Yo estoy seguro, no me importa si otros acuden a Cristo o no”, [entonces] no coincidimos, [y] Dios no obrará con nosotros. Aquellos de ustedes que sienten esta indiferencia, este letargo maldito, son la causa de nuestro sufrimiento, nuestra carga, nuestra piedra de tropiezo. Dios los perdone, los conmueva para sentir que su corazón no descansará, a menos que los pobres pecadores sean arrebatados como tizones escapados del fuego (Am. 4:11). ¿Estamos de acuerdo en esto?

Si queremos que Dios esté con nosotros, tenemos que coincidir en cuanto al *medio que se usará para lograr el avivamiento*. Coincidimos en que el primer medio es predicar a Cristo. No queremos ninguna otra doctrina que la que hemos recibido: Cristo levantado en la cruz, como la serpiente levantada en un asta (Nm. 21:9). Éste es el remedio que nosotros, en esta casa de oración, creemos. Dejemos que otros escojan dulces cantos, efigies, vestiduras, agua bautismal, confirmación o ritos humanos; nosotros los aborrecemos y mostramos nuestro desprecio. En cuan-

to a nosotros, nuestra única esperanza radica en la doctrina de un sustituto para el pecador, la inmensa realidad de la expiación, la verdad gloriosa de que Cristo Jesús vino al mundo para buscar y salvar a pecadores. Creo que coincidimos con Dios en esto: Predicar a Cristo es la vía por la cual los que lleguen a creer serán salvos.

El gran agente de Dios es el *Espíritu Santo*. Coincidimos, hermanos, en que no queremos que los pecadores se conviertan por nuestra persuasión; no queremos que se sumen a la Iglesia por emoción. Queremos que sea por la obra del Espíritu y sólo por ella. No me arrodillaría en oración una vez, mucho menos día tras día, para obtener sólo emoción; nos hemos arreglado sin ella y lo seguiremos haciendo por la gracia de Dios. Pero daría mis ojos por saber que el Espíritu Santo mismo se manifestará y mostrará lo que la divinidad puede hacer para convertir a los corazones de piedra en corazones de carne. Pienso que en esto coincidimos con Dios.

Pero la manera como Dios bendice a la Iglesia es por medio de la práctica de los dones espirituales de *todos sus miembros*. La multitud tiene que ser alimentada, pero no por la mano de Cristo únicamente: “dio los panes a los discípulos, y los discípulos a la multitud” (Mt. 14:19). ¿Coinciden todos ustedes con esto? Me temo que no. Muchos de ustedes están ocupados en obras útiles y de esto tengo que jactarme este día: que nunca pensé que conocería a gente tan apostólica en su celo como lo ha sido la mayoría de ustedes. Me he maravillado y mi corazón se ha alegrado al ver cuánto se han sacrificado por Cristo algunos de los más pobres entre nosotros: qué celo, qué entusiasmo han demostrado en dar a conocer el nombre del Salvador. En cambio, otros entre ustedes no están haciendo absolutamente *nada*: tienen fama de estar vivos, pero me temo que están muertos. Rara vez asisten a una reunión de oración, de hecho, algunos miembros de la iglesia y otros que conozco, no es que tengan que estar ausentes por razones de trabajo, sino que no asisten por pura indiferencia hacia la causa de Dios. Algunos de ustedes nunca sienten celo ni se sienten movidos a realizar buenas obras. El hecho de que vengan y nos escuchen ya es algo; y por lo que de hecho hacen, estoy agradecido. Pero por lo que no hacen, *sufro*... temiendo que nuestros esfuerzos por extender el reino del Salvador no son lo que debieran ser porque como iglesia no coincidimos con el plan de Dios. No lo serán hasta el día que cada uno en la iglesia pueda decir: “¡Me consagro este día al Señor de los Ejércitos! ¡Si hay algo para hacer, aunque sea portero en la casa de Dios, aquí estoy!”...

Además, queridos amigos, ¿coincidimos este día en ***nuestra total impotencia para esta obra***? El otro día oí algo digno de recordar. Hablando

con un ministro wesleyano⁶, le dije: “Su denominación no ha crecido este año pasado, pues, por lo general, sus números crecen mucho. Nunca han sido tan ricos como ahora. Sus pastores nunca han tenido una mejor formación; nunca habían tenido capillas tan buenas como ahora, pero a pesar de todo esto, nunca han tenido tan poco éxito. ¿Qué están haciendo? Conociendo estas condiciones, ¿qué están haciendo? ¿Qué opinan sus hermanos de esto?”. Su respuesta fue un consuelo para mí. Dijo: “Todo esto nos ha obligado a ponernos de rodillas; damos gracias a Dios que reconocemos nuestro estado y que distamos de estar satisfechos. Hemos tenido un día de humillación y espero que algunos nos hayamos humillado lo suficiente como para ser bendecidos”. Hay una gran verdad en esa última [frase] “humillado lo suficiente como para ser bendecidos”. Me temo que algunos de nosotros nunca se humillan lo suficiente como para ser bendecidos. Cuando alguien dice: “¡Oh! Sí, nos va muy bien, que yo sepa no queremos un avivamiento”. Me temo que en esa actitud no hay suficiente humillación como para ser bendecidos. Y cuando ustedes y yo oramos a Dios con orgullo, con auto exaltación, con seguridad en nuestro propio celo o, aun, confiando en la prevalencia de nuestras oraciones en sí, no nos hemos humillado lo suficiente como para ser bendecidos. Una iglesia humilde será una iglesia bendecida. La iglesia dispuesta a confesar sus propios errores y fracasos y de ir a los pies de la cruz de Cristo está en una posición para ser favorecida por el Señor. En conclusión, espero que coincidamos con Dios en lo que se refiere a nuestra total indignidad e impotencia, a fin de poner toda nuestra confianza sólo en él.

Les reto a todos ustedes a coincidir con Dios en que si algún bien es realizado, si han de haber conversiones, toda la gloria debe dársele a Él. A menudo se han arruinado los avivamientos, ya sea por personas que presumen que tal o cual predicador fue el responsable o, como en el caso de Irlanda del Norte, que alardeaba que la obra sucedió sin predicadores. Pero cuidado, ese avivamiento se cortó en su apogeo y sufrió mucho daño al ser visto por irlandeses mismos al igual que personas de otros países, como una curiosidad, algo para admirar y de lo cual maravillarse. Dios no quiere obrar para honrar a los hombres –sean pastores o laicos– ni tampoco a iglesias. Si dijéramos: “¡Ah! me gustaría ver la presencia de Dios con nosotros para tener muchas conversiones y publicar la noticia en alguna revista y decir: ‘Así hacemos las cosas en el Tabernáculo’”, no seríamos bendecidos. ¡Coronas! ¡coronas! ¡coronas! ¡Pero todas para tu sien, Jesús! ¡Laureles y guirnaldas! Pero ninguna para el hombre: *todo para él* cuya

⁶ Wesleyano – Un seguidor de las enseñanzas de John Wesley y la tradición metodista.

diestra y cuyo brazo santo obtuvo la victoria. Todos tenemos que coincidir en este punto y espero que así sea.

También, ***descartemos todas las cosas que ofenden a nuestro Dios*** Antes de que Dios apareciera en el Monte Sinaí, los hijos de Israel tuvieron que lavar sus vestidos tres días. Antes de que Israel pudiera entrar al descanso en la tierra prometida de Canaán, Josué tuvo que encargarse de que se purificaran con el rito de la circuncisión. Toda vez que Dios visitaba a su pueblo demandaba algún tipo de purga preparatoria, a fin de que estuvieran aptos para contemplar su presencia porque dos no pueden andar juntos, a menos que se libren de lo que los lleva a no estar de acuerdo (Am. 3:3). Veamos algunas sugerencias para juzgar si hay en nosotros algo con lo que Dios no puede estar de acuerdo. No puedo predicar esto indiscriminadamente, sino que pongo la responsabilidad en mano de cada uno para que se lo predique a sí mismo. En los días de gran llanto, leemos que cada varón lloraba aparte y cada esposa aparte, el hijo aparte y la hija aparte y cada familia aparte (Zac. 12:10-14). Así tiene que ser.

¿Hay orgullo en mí? ¿Estoy lleno de orgullo por mi talento, mis bienes, mi carácter, mi éxito? Señor, púrgame de esto... porque nadie nunca puede decir que Dios y el alma orgullosa son amigos. Él “da gracia a los humildes” (1 P. 5:5). En cuanto a los orgullosos, los “mira de lejos” (Sal. 138:6) y no deja que se le acerquen.

¿Soy holgazán? ¿Pierdo el tiempo que podría emplear con utilidad? ¿Soy frívolo como la mariposa, que vuela de flor en flor, pero no bebe la miel de ninguna? O ¿soy industrioso como la abeja que, dondequiera se posa, encuentra algo dulce para el panal? Señor, tú conoces mi alma. Tú me comprendes. ¿Estoy haciendo poco cuando podría estar haciendo mucho? ¿Has podido cosechar poco de aquello que sembré? ¿He escondido mi talento en una servilleta? ¿He utilizado mi talento para mí mismo, en lugar de utilizarlo para ti? ¡Las almas perezosas no pueden caminar con Dios! “Mi padre... trabaja”, dijo Jesús, “y yo trabajo” (Jn. 5:17); y ustedes que pasan el tiempo en el mercado sin hacer nada, pueden pasarlo con el diablo, pero no con Dios. Cada hermano culpable, líbrese de su holgazanería.

¿Soy culpable de mundanalidad? Éste es el lamentable pecado de muchos en la iglesia cristiana. ¿Me junto con amigos que no pueden serme de ningún bien? ¿Ando en lugares en que el Maestro nunca andaría? ¿Me encantan las diversiones que no me producen bienestar cuando reflexiono en ellas y de los que nunca participaría si pensara que Cristo vendría mientras lo estoy haciendo? ¿Tengo una mentalidad mundana cuando de modas se trata? ¿Soy tan ostentoso, tan veleidoso, tan frívolo como los hombres y mujeres del mundo? De ser así, si amo al mundo,

“el amor del Padre no está en” mí (1 Jn. 2:15); en consecuencia, Él no puede andar conmigo porque no estamos de acuerdo.

¿Soy *avaro*? ¿Trabajo sin parar? Cuando lo hago, ¿pienso en Dios primero o lo único que pienso es cómo puedo acumular riqueza? Cuando la tengo, ¿me olvido de usarla como buen mayordomo? Si es así, entonces Dios no está de acuerdo conmigo; soy ladrón de lo que me da para mi sustento, me he posicionado como dueño en lugar de ser un siervo y Dios no andará conmigo hasta que comience a sentir que lo que tengo no es mío sino de él y que debo usarlo en [el temor de Dios].

¿Tengo un *espíritu combativo*? ¿Soy duro con mis hermanos? ¿Soy envidioso de los que tienen más que yo o desprecio a los que tienen menos? De ser así, Dios no puede andar conmigo porque detesta la envidia y cualquier desprecio hacia el pobre le es aborrecible.

¿Hay en mi alguna *lascivia*? ¿Complazco a la carne? ¿Cedo a tentaciones carnales por las que mi alma sufre? De ser así, Dios no puede andar conmigo porque la fornicación, disolución, glotonería y las borracheras separan al creyente de su Dios; estas cosas no convienen al cristiano. Antes de la gran fiesta de los panes sin levadura, el padre de familia judío barría su casa para sacar todo vestigio de levadura que pudiera haber. Tanto le preocupaba y tanto le preocupa al judío actual, que toma una vela y barre con extremo cuidado cada alacena aunque nunca hubiera contenido alimentos, por temor de que quedara una miga en algún rincón. Por lo tanto, desde el desván hasta el sótano, limpia a fondo toda la casa para eliminar toda levadura vieja. ¡Hagamos *nosotros* lo mismo!

No creo que lo hagan como efecto de pobres palabras como las mías, pero si mi alma pudiera hablarles y Dios bendijera lo que dijera, lo harían. Por mi parte, ruego al Maestro que si hay algo que me hiciera más apto para ser el mensajero de Dios a ustedes y a los hijos de los hombres, no importa lo doloroso que fuera el proceso preparatorio, por su gracia no me lo negaría. Si por enfermedad, si por serias calamidades, si por calumnias y reprensiones, pudiera honrarle más, ¡bienvenidas sean todas estas cosas! Serán mi gozo, y recibirlas, mi deleite. Ruego que ustedes rueguen por el mismo anhelo: “Señor, hazme apto para ser el medio por el cual glorificarte”.

Tomado de un sermón predicado el domingo, 30 de octubre, en la mañana, 1864, en el Tabernáculo Metropolitano, Newington.

Charles H. Spurgeon (1834-1892): Influyente predicador bautista británico; nacido en Kelvedon, Essex, Inglaterra, Reino Unido.



OREMOS POR EL ESPÍRITU

James W. Alexander (1804-1859)

AFIN de tener un avivamiento poderoso y sin precedentes, lo que necesitamos ante todo es que toda la Iglesia se ponga de rodillas ante Dios. Las grandes manifestaciones de Dios para redención en el pasado, debieran despertar en nosotros un gran anhelo de que se repitan en nuestros días. “Yo soy Jehová tu Dios, que te hice subir de la tierra de Egipto; abre tu boca, y yo la llenaré” (Sal. 81:10). En realidad, miles de creyentes se reúnen ordinariamente para orar, pero cuando “el Espíritu de gracia y de oración” se derrama en medio del gran cuerpo de cristianos que oran movidos a compasión por la desolación espiritual de Jerusalén, la promesa se hará realidad: “Te levantarás y tendrás misericordia de Sion, porque es tiempo de tener misericordia de ella, porque el plazo ha llegado. Porque tus siervos aman sus piedras, y del polvo de ella tienen compasión” (Sal. 102:13-14). ¡Oh, que el pueblo de Dios tuviera conciencia del privilegio de rogar a viva voz por ese gran don!

Abre tu mente, lector creyente, a la verdad extraordinaria de que Dios tiene una disposición infinita de responder a la oración, tal como lo hizo cuando envió a su Hijo “en rescate por muchos”. Ese es el más grande de los dones posible. “Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?” (Lc. 11:13). ¡Oh, padre de familia! ¡Reflexiona sobre este bendito versículo: Ya tienes dentro de tu corazón algo que te revelará su significado! ¿Qué es lo que Dios está tan dispuesto a dar? Es aquello que asegura y aplica todos los beneficios de la mediación de Cristo, aquello que genera avivamientos aquí en la tierra y por toda la eternidad en el cielo, ¡es el Espíritu Santo! ¿No debieran todos los discípulos, en todas partes del mundo postrarse ante el Trono de Gracia, rogando a Dios en nombre de Cristo que atienda este pedido que todo lo abarca? Sólo en Él confiamos porque con Él hay “abundancia de espíritu” (Mal. 2:15). Pero lo pedimos en el nombre de Cristo porque el nombre mismo significa “ungido” y la unción que fluye de Él como Cabeza, a todos los miembros, es justamente este don, el Espíritu Santo, “pues Dios no da el Espíritu por medida” (Jn. 3:34). Lo tiene sin medida y siempre disponible para su Iglesia, que cuando ora en ese Nombre, lo recibe. Piensa un momento en este gran don; seguramente dará nuevo significado a tus oraciones.

1. Existe tal cosa como el derramamiento del Espíritu Santo. Así como Moisés “derramó del aceite de la unción sobre la cabeza de Aarón” (Lv.

8:12), derrama Dios la unción de su Espíritu sobre la cabeza de nuestro Sumo Sacerdote. Y así como la fragancia ceremonial “baja hasta el borde de sus vestiduras” (Sal. 133:2), el don del Espíritu se extiende sobre todos los creyentes. “La unción que vosotros recibisteis de él”, dice el apóstol Juan, “permanece en vosotros” (1 Jn. 2:27). Pero, a veces, la efusión es tan abundante que se convierte en un derramamiento. Algunos encuentran defectuoso este término [derramamiento], que de cualquier manera es categóricamente bíblico y consagrado en la Iglesia. Entre las promesas hechas a Israel, refiriéndose a los postreros días, dice el Señor: “Ni esconderé más de ellos mi rostro; porque habré derramado de mi Espíritu sobre la casa de Israel, dice Jehová el Señor” (Ez. 39:29). Otro profeta aplica el comentario apostólico a la época del Nuevo Testamento: “Derramaré mi Espíritu sobre toda carne” (Jl. 2:28). Lo mismo dice en el libro de los Proverbios: “Derramaré mi espíritu sobre vosotros” (Pr. 1:23).

Indudablemente, la idea presentada es de un derramamiento abundante. ¡Pidámoslo! El Señor Jesús consoló a sus discípulos atribulados con la promesa de este don como resultado de su ascensión: “Si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros” (Jn. 16:7). ¡Oh, con cuánta generosidad y gloria envió al Consolador en el primer Pentecostés cristiano! “Habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo”, dijo el apóstol Pedro, “ha derramado esto que vosotros veis y oís” (Hch. 2:33). Acababa de venir del cielo un estruendo como de un viento fuerte que llenó toda la casa donde estaban sentados “y fueron todos llenos del Espíritu Santo” (Hch. 2:4). No dejen de notar que los creyentes habían estado unidos en oración, pidiendo justo por este don, cumpliendo así con el mandato del Señor de que debían esperar “la promesa del Padre” (Ver Hch. 1:4-5, 14; 2:1).

El don continuó durante la predicación temprana: “El Espíritu Santo cayó sobre todos” (Hch. 10:44). Muchos años después, el mismo Apóstol, hizo referencia al “Espíritu Santo enviado del cielo” (1 P. 1:12) como un hecho conocido. Todo gran avivamiento y cosecha abundante de almas vinieron del mismo Espíritu, lo cual fue suplicado vehementemente en oración. Por lo tanto, ¡oremos por el Espíritu!

2. La influencia del Espíritu Santo de Dios es sumamente poderosa. Pedimos algo poderoso y revolucionario. Estamos orando con base en la Omnipotencia. Una ciudad y un mundo malignos no pueden ser vencidos por una fuerza inferior... Qué alentador es que “en Jehová el Señor está la fortaleza de los siglos” (Is. 26:4). Se aplica tanto al avivamiento de la Iglesia como a la reconstrucción del Templo: “No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos” (Zac. 4:6). Es tiempo de que los cristianos renueven su esperanza de que los soberbios pecadores se conviertan, aun el más vil de los viles, en nuestros lugares

más inmundos y sanguinarios, dejemos de suponer que recibiremos una respuesta débil e infructuosa. “Nuestro evangelio”, dice el Apóstol, “no llegó a vosotros en palabras solamente, sino también en poder, en el Espíritu Santo y en plena certidumbre” (1 Ts. 1:5). Ésta es la razón de la esperanza cuando los ministros de la Palabra proclaman las buenas nuevas de que la predicación sea “con demostración del Espíritu y de poder” (1 Co. 2:4). ¡Dios nos libre de nuestra incredulidad con respecto al poder del Espíritu Santo de dar eficacia a la verdad!

3. El Espíritu, a quien buscamos, es el autor de la regeneración y de la santificación. Si Dios nos ha regenerado y su Espíritu Santo nos acompaña en el proceso de la santificación, nuestro avivamiento será total. “Lo que es nacido del Espíritu, espíritu es” (Jn. 3:5-6, 8). Todos los creyentes proclaman la misma alabanza: “Por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo” (Tit. 3:5). Pensemos en los miles de seres humanos totalmente ciegos a las realidades espirituales y preguntemos: ¿Qué podríamos pedir para ellos que fuera más imprescindible que el Espíritu de Verdad, quien “convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio”? (Jn. 16:8). Él tiene poder, tanto para convertir al peor asesino o a la mujer pecadora como al fariseo que asiste a la iglesia; tiene poder para renovar tanto a miles como a uno solo. ¿Quién tiene suficiente percepción de la necesidad de implorar a Dios que convierta a una multitud de pecadores?

Todo avivamiento de la Iglesia denota un avance significativo en el proceso de la santificación; ganar a un impenitente siempre comienza con los frutos evidentes de santificación; en todos los casos, en cuanto un impenitente es salvo, inicia el camino de la santificación. Necesitamos para ambos el don del Espíritu y lo necesitamos ya mismo. Necesitamos romper el poder del pecado en los cristianos que lo son de nombre solamente y clavar sus lascivias en la cruz porque es por esta influencia que el Espíritu hace “morir las obras de la carne” (Ro. 8:13). Algunos creyentes en la antigüedad habían sido pecadores atroces; “mas”, dice el apóstol Pablo: “Ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios” (1 Co. 6:11). Esperanza, gozo, amor, las consecuentes actividades y sus triunfos son frutos del mismo Espíritu (Ro. 5:5; 1 Ts. 1:6). En suma, el Espíritu de Dios es el Espíritu de avivamiento. La oración sincera, diaria y la unidad del pueblo de Cristo pidiendo este elevado don, honra grandemente a Dios. Ya tenemos razón para ver de qué manera notable bendice Él los esfuerzos que sabidamente comenzaron en oración. Queridos hermanos, no confundamos los métodos, sigamos la senda señalada por la Providencia y el Espíritu.

4. El Espíritu Santo envía los dones necesarios para el éxito de la obra. Cuando se necesitaron los dones milagrosos, no fueron negados. Toda inspiración, sabiduría y obra tiene el mismo origen. Sucede lo mismo con las cualidades comunes para servir que se requieren en el camino diario del cristiano sincero que anhela ganar almas. “Y hay diversidad de operaciones, pero Dios, que hace todas las cosas en todos, es el mismo. Pero a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho (1 Co. 12:6-7). El Señor prometió que el Espíritu daría palabra a sus discípulos cuando fueran procesados... (Ver Lc. 12:12). ¡De igual manera, su Espíritu llena sus corazones y su boca capacitándolos para cumplir el servicio al cual fueron llamados! Los mismos apóstoles pedían en sus oraciones “palabra para dar a conocer con desnudo el misterio del evangelio” (Ef. 6:19), de la misma manera, la iglesia que ora tendrá ministerios y miembros osados para anunciar con amor el evangelio de su Señor. Las súplicas que logran tales influencias son generadas por Dios cuando los creyentes que se mantienen en el amor de Dios también están “orando en el Espíritu Santo” (Jud. 20). Vemos, entonces, cómo debemos depender completamente del Espíritu Santo de Dios. La gracia comenzó la obra, la gracia la mantiene viva, la gracia la completará.

Hermanos, tenemos que orar como nunca lo hemos hecho. Nuestra falta de éxito se debe a la frialdad de nuestro anhelo y pedido. No tenemos límites en Dios, sino en nuestras propias concepciones y esperanzas. No tenemos porque no pedimos (Stg. 4:2). Si tuviéramos una concepción profunda y solemne del poder, la generosidad y fidelidad divina, “¿cómo podría perseguir uno a mil, y dos hacer huir a diez mil?” (Dt. 32:30). La lección que debiera enseñarnos el avivamiento es el deber de estar siempre rogando que haya un derramamiento más abundante y más glorioso del Espíritu Santo.

Aunque los lugares de instrucción y adoración son sumamente necesarios y, aunque todos los cristianos acaudalados debieran sentirse culpables en tanto estos falten, no basta con proveer estos medios. La experiencia demuestra que estos edificios pueden permanecer vacíos y que buenos predicadores no sean escuchados. Necesitamos un *shock* para sacudir a estas almas entumecidas, un impulso que los lleve a indagar, una atracción poderosa para traerlos a la Palabra. La necesidad principal de los que están afuera es que surja un interés, un despertar, un motivo, algo que los haga ir a la iglesia e interesarse por sus propias almas. Las reformas populares basadas en la verdad tienen, en alguna medida, este efecto.

De hecho, no podemos pensar en nada que tenga más posibilidad de atraer la atención de hombres y mujeres mundanos, violentos y blasfe-

mos, que una oleada poderosa de avivamientos, cuyas olas arremetan repetidamente contra sus desdichados hogares y corazones.

De esta misma manera se propagan las malas influencias, entonces ¿por qué no las buenas? En la mayoría de los círculos sociales de esta era tecnológica, basta una hora de una función de boxeo, un homicidio o el levantamiento de una turba para excitar sus sentidos; ¿por qué no usar estas mismas tecnologías humanas, para generar los impulsos como los que llevaron a las multitudes a escuchar a Lutero⁷, a Whitefield o a Spurgeon? ¡Quiera Dios que podamos ver el día cuando los mensajes de salvación y las reuniones de oración estén abarrotados por la propia clase de personas que ahora abarrota los bares, los bailes, las cavernas de placeres ilícitos y las cárceles! Nada tendrá este efecto más que un avivamiento sin precedentes y para esto, tenemos que orar. Si leemos con cuidado lo que dijo nuestro bendito Señor en la parábola de los dos hijos, veremos que ésta es la gente que, no sólo necesita la verdad, sino que también es accesible a su poder: “De cierto os digo, que los publicanos y las ramera van delante de vosotros al reino de Dios” (Mt. 21:28-32).

Cuando Dios muestra de una manera tan espectacular su disposición de convertir a grandes multitudes, todos los que temen su nombre y aman a las almas de los hombres debieran postrarse ante Él con clamorosos ruegos de que se digne a realizar su obra de gracia de una manera más extensa y profunda entre la multitud depravada. Tan cierto como que la fe y el amor generan la oración, es cierto que la oración genera acción... Los cegados y viciosos, responsables de disturbios y prisiones, no acudirán en tropel a la predicación de la Palabra hasta que alguna influencia fresca e irresistible que afecte a toda la población, alcance los escenarios propios de su pecado. Orar por una influencia tal es claramente nuestro deber. Mientras oramos, tenemos que trabajar. Estos hijos del Maligno no vendrán por sí solos a la luz, tenemos que llevársela. ¿Cómo llevar esa luz? Haciendo un esfuerzo en conjunto y exhaustivo, de manera que no quede ni un recoveco, ni un rincón sin alcanzar y por medio de dar al miserable las buenas nuevas del rico banquete del evangelio que les espera si lo aceptan. Es así como seremos los instrumentos que los fuerce “a entrar” (Lc. 14:23).

Tomado de *The Revival and Its Lessons* (El avivamiento y sus lecciones) American Tract Society, Nueva York, 1858.

James W. Alexander (1804-1859): Pastor presbiteriano; nacido en Virginia.

⁷ **Martín Lutero** (1483-1546) – Teólogo de la Reforma en Alemania. **George Whitefield** (1714-1770) – evangelista del siglo XVIII, a quien Dios usó durante el “Gran Despertar”. **Charles Spurgeon** (1834-1892) – Influyente pastor bautista.

EL DERRAMAMIENTO DEL ESPÍRITU SANTO

Robert M. M'Cheyne (1813-1843)

LA diversidad y el cambio constante parecen ser el sello distintivo de todas las obras de Dios. Los cambios perpetuos se extienden por todo el universo y la variedad del mundo exterior, desde el objeto más inmenso hasta el más minúsculo, son una prueba indubitable de la sabiduría inescrutable del Creador omnipotente e inmutable. La diversidad de esta tierra en que vivimos es infinita. En ella, los continentes y océanos, montañas y praderas, campos cultivados y regiones vírgenes, árboles y arbustos y bellas flores, el lago cristalino y el río majestuoso, la cascata espumante cuyas “grandiosas aguas” corren estruendosamente y sin pausa. Asimismo, el riachuelo que serpentea silenciosamente por la hierba del campo, las regiones populosas y los desiertos inhabitados como el Sahara, las calles abarrotadas de las ciudades con sus ruidos estrepitosos y los alejados rincones de silenciosa soledad, manifiestan esa gran diversidad.

Las naciones de la tierra cambian constantemente y también ellas se van diversificando sin pausa en lo que a sus rasgos característicos se refiere: Lugar, poder, posición y cultura. Durante el lento devenir de los años, una nación tras otra se levanta y llega a su apogeo, adquiriendo una influencia dominante, conquista a medio mundo, adquiere preeminencia en las artes y las ciencias, en la literatura y el comercio, para luego empezar a decaer hasta desaparecer y pasar al olvido. Cuando los habitantes descansan; hay paz en la política, profunda como el silencio nocturno de la luna, tarde o temprano, comienza la inquietud hasta que los hombres se levantan tumultuosos como las olas embravecidas del mar. Empieza la revolución. El cambio incesante ha alcanzado la supremacía y los tronos de las dinastías, por largo tiempo consideradas tan inalterables como los fundamentos firmes de los montes sempiternos, son derrocadas violentamente. Las coronas de los monarcas más poderosos son arrojadas a la basura y el cetro del imperio cae de la debilitada mano del tirano que ha sido el azote y terror del mundo como el juguete que ya no quiere el niño malcriado.

“Las cosas debajo de la tierra” también están sujetas a cambios periódicos, convulsivos, silenciosos. Los fuegos subterráneos que desde hace tiempo parecen haberse apagado, vuelven a arder en aterradoras erupciones de la boca del volcán estremecedor. El terremoto, en su curso aterrador y devastador, destroza las regiones más hermosas de nuestro mundo,

convierte a las ciudades y las aldeas en ruina, y miles de sus desafortunados habitantes mueren aplastados entre sus fauces insaciables.

También las cuatro estaciones del año están cambiando constantemente, en una región silenciosa y gradualmente, en otra, súbita y violentamente. El hombre mismo, física, mental y moralmente, está sujeto a constantes cambios. Es así que la naturaleza y la sociedad se caracterizan por una infinita diversidad, cambios periódicos y convulsivos, al igual que mutaciones silenciosas y menos perceptibles.

Y “la gracia de Dios [que] se ha manifestado para salvación”, parece mostrar los mismos rasgos ordinarios y estar sujeta a las mismas leyes generales. La gran obra de vivificación y conversión sucede, por lo general, silenciosa y gradualmente durante los cultos regulares del santuario, pero hay ocasiones cuando Dios, en su sabia y santa Providencia⁸, contesta la oración “con tremendas cosas... en justicia” (Sal. 65:5). Poco después de un periodo de juicio, desciende sobre toda una comunidad como “un estruendo como de un viento recio que soplaba” (Hch. 2:2), como “aguas sobre el sequedal” (Is. 44:3) o “como la lluvia sobre la hierba cortada” (Sal. 72:6). El corazón grande de la sociedad comienza a jadear y palpar como el corazón de un solo hombre e innumerables pecadores que eran indiferentes, son frenados, se alarman y llenan de ansiedad por la salvación, simultáneamente acuden a Aquel que han herido, lamentan haberle traspasado y causado la muerte.

La conversión silenciosa de un pecador tras otro, bajo el ministerio regular del Evangelio, debe ser considerado por los pastores y discípulos de Cristo con satisfacción y gratitud. No obstante, una manifestación periódica de la conversión simultánea de miles de pecadores, también debe ser considerada como una demostración visible e impresionante ante un mundo sumido en la impiedad, de que Dios ha hecho a ese mismo Jesús, a quien han rechazado y crucificado, tanto Señor como Cristo; y que, en virtud de su mediación divina, ha tomado el cetro real de supremacía universal y reinará hasta que “sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies” (He. 10:12-13). Y, teniendo en cuenta que ha sido “exaltado por la diestra de Dios” (Hch. 2:33) como el Soberano legítimo del mundo, aunque rechazado, ¿no es razonable esperar que de cuando en cuando repita aquello que el día de Pentecostés fue la evidencia concluyente y prueba suprema de que es el Mesías y el Soberano? Al hacerlo, ¿[acaso no] sorprenderá a las almas dormidas de los humanos indiferentes, se ganará la atención de los inconversos y destruirá de una manera trascendente los sueños brillantes de glo-

⁸ **Providencia** – Las obras...de Dios...preservando su soberanía sobre todas sus criaturas y todas las acciones de ellas. (Catecismo de Spurgeon, P. 11).

ria, grandeza, riqueza, poder y felicidad terrenal que las multitudes rebeldes que olvidan a Dios tanto atesoran?

Tal derramamiento del Espíritu Santo sería una prueba inmediata de la aceptación total del hecho de que se ofreció a sí mismo una vez y para siempre como sacrificio por el pecado y garantía profética de que “aparecerá por segunda vez” (He. 9:28) cuando “juzgará al mundo con justicia” (Hch. 17:31), y “para recompensar a cada uno según sea su obra” (Ap. 22:12). En cada edad de la Iglesia, el Dios de nuestra salvación por gracia, ha otorgado al Espíritu Santo en su indubitable poder para glorificar a Jesús, dándolo a conocer en toda su plenitud a las almas regeneradas de las multitudes rescatadas. Cuando por primera vez “la promesa del Padre” (Hch. 1:4) se cumplió en el día solemne del primer Pentecostés, después de la ascensión de Jesús a la diestra de poder del Padre, hubo un avivamiento casi universal, y miles de pecadores de Jerusalén se convencieron de pecado y se convirtieron a Dios simultáneamente. Leemos que “como tres mil personas” (Hch. 2:41) se arrepintieron y fueron bautizadas en el nombre de Jesús para remisión de los pecados y recibieron el don del Espíritu Santo (Hch. 2:38), como resultado de una exhibición de la Cruz y el Cetro del Emmanuel glorificado. A una voz exclamamos: “¡Qué bendición!”.

Pero, ¿cuántos de nosotros estamos pensando simultáneamente en la idea de que –aunque fue particularmente necesario en aquel entonces como testimonio para Jesús y para solemnizar la inauguración de la nueva dispensación, que se define enfáticamente como “el ministerio del Espíritu” (2 Co. 3:8)– no podemos esperar un derramamiento del Espíritu tan extraordinario y una cantidad tan grande de conversiones simultáneas en las épocas posteriores? Si así pensamos, nuestra opinión es contraria tanto a las Escrituras como a la historia eclesiástica porque la Palabra de Dios todavía nos guía a esperar al Espíritu Santo como “ríos sobre la tierra árida” (Is. 44:3). Tales “tiempos de refrigerio” (Hch. 3:19) y conversiones extensas y simultáneas han ocurrido repetidamente durante la historia de la Iglesia, dando prueba concluyente de que los avivamientos religiosos y conversiones simultáneas no deben ser considerados exclusivos del día de Pentecostés, sino parte de la obra normal del gran propósito de gracia por parte de Dios para la convicción y conversión de los impíos, y “de llevar muchos hijos a la gloria” (He. 2:10).

La historia de la Iglesia en nuestro propio país [Escocia] da amplio y frecuente testimonio de esta vivificación periódica y avivamiento extraordinario; y desde hace un tiempo, los que profesan ser cristianos, se están despertando bastante de su letargo espiritual por las noticias de que el Espíritu Santo se está manifestado en las multitudes en los Estados Unidos de Norteamérica. Allí continúa el gran despertar. Parece

que el Espíritu de Dios ha descendido con su poder vivificador porque en todas las regiones del país y entre toda las clases sociales, parece haber un anhelo intenso y un movimiento muy general de ir “a implorar el favor de Jehová, y a buscar a Jehová de los ejércitos” (Zac. 8:21).

La religión se ha convertido en el asunto más absorbente y el tema más dominante. La prensa, religiosa, tanto como la secular, está repleta de detalles sobre el poderoso avivamiento. Cientos de miles se han convertido. Lo que en 1851 dijo en Nueva York un pastor en un sermón sobre los triunfos de la causa de Cristo, se ha cumplido casi al pie de la letra:

“El tiempo vendrá cuando los éxitos de Jesús serán reportados con más rapidez que las victorias de Napoleón; cuando la prensa abundará con noticias de movimientos cristianos en el mundo; cuando las naves cruzarán los mares para anunciar más pronto las nuevas de su poder; cuando los cables eléctricos vibrarán de vida celestial para proclamar de ciudad en ciudad, y de continente en continente, las nuevas de avivamientos religiosos y de que ‘nacerá una nación de una vez’ (Is. 66:8). El reino de Cristo será el tema en el cual se enfocarán los pensamientos en el mundo, en cada mercado, en cada comercio, en cada boletín. En las esquinas de las calles, los hombres hablarán de la gloria de su reino y conversarán unos con otros de su poder, dando a conocer sus actos poderosos y la majestad gloriosa de su reino”.

“Estas palabras”, dice un periódico norteamericano, “tal como fueron escritas y dichas siete años atrás, y que en ese momento fueron consideradas como retórica apasionada, ahora son una transcripción literal de lo que está sucediendo todos los días delante de nuestros ojos”.

Esperanza es sólo una breve palabra, pero una de apoteósico significado. Es el símbolo verbal de las emociones más poderosas, más gratas y más fuertes de la mente humana. También lo penetra todo y, por lo tanto, es tan común como necesaria en este mundo pecador. Es el sol de la niñez, el sueño de la juventud y la fascinante visión de la incipiente madurez. Es el verano del alma, la palanca que mueve la fortuna, la lámpara del desafortunado y el pronto descanso de la faena cotidiana. Es, en suma, la música deliciosa del futuro que penetra como notas de una flauta en la mente atormentada, desde las soledades desconocidas de los años venideros.

¡La nuestra es una naturaleza expectante!

Robert Murray M'Cheyne (1813-1843): Pastor escocés presbiteriano con un gran amor por las almas, cuyo ministerio se caracterizó por profunda santidad, oración personal y poderosa predicación evangélica; nacido en Edimburgo, Escocia.



RUEGOS SOLEMNES POR UN AVIVAMIENTO

Charles H. Spurgeon (1834-1892)

“Guardad silencio ante mí, costas, y renueven sus fuerzas los pueblos” (Isaías 41:1 LBLA⁹).

NO puedo sugerirle al pueblo cristiano un tema más urgente que éste: Debemos rogarle a Dios que se manifieste entre nosotros con obras de gracia mayores que las que han visto nuestros ojos. Hemos leído acerca de avivamientos maravillosos; la historia registra los prodigios de la Reforma y la manera asombrosa como se extendió el evangelio durante los primeros dos siglos. Anhelamos ver lo mismo ahora y saber la razón por qué no lo es y, con osadía santa, nuestra aspiración es *comparecer ante el Señor y presentarle nuestros ruegos*, tal como alguien le ruega algo a un amigo. Quiera Dios ayudarnos a hacerlo con el poder del Espíritu Santo.

1. **GUARDEMOS SILENCIO.** “Guardad silencio ante mí, costas”. Antes de iniciar la controversia, iguademos un silencio con solemne *reverencia* porque tenemos que hablar con el Señor Dios todopoderoso! No abramos la boca para impugnar su sabiduría, ni permitamos que nuestros corazones cuestionen su amor. ¿Qué pasa si las cosas no están tan bien como quisiéramos? El Señor reina. ¿Qué, si parece demorarse? ¿Acaso no es él Dios, el Señor para quien mil años son como un día y quien no dilata su promesa como algunos creen que la dilata? (2 P. 3:9). Seremos osados al hablar con Él; pero aun así, Él es el Dios eterno y nosotros somos polvo y cenizas. Sea lo que sea que digamos con santa osadía, no incluirá ni una palabra irrespetuosa. Él es nuestro Padre, pero es nuestro Padre *en los cielos*. Es nuestro Amigo; pero a la vez, es nuestro Juez. Sabemos que sea lo que sea que haga, es lo mejor. No le diríamos a nuestro Hacedor: ¿Qué estás haciendo? ni a nuestro Creador: ¿Qué has

⁹ **LBLA** (Siglas de La Biblia de las Américas) – El autor escribió este artículo originalmente en inglés, usando la Versión King James (KJV). La traducción de este versículo en la Reina Valera 1960, versión que normalmente usamos, difiere algo de la KJV y no incluye todo el pensamiento original del autor. Aunque, por lo general, no coincidimos con la LBLA ni la recomendamos, la hemos usado en este contexto porque la traducción de este versículo se aproxima más al original hebreo y el inglés de la KJV.

hecho? ¿Rendirá cuentas el alfarero al barro por la obra de sus manos (Is. 29:16)? Se trata del Señor; haga Él como bien le parezca (Jue. 10:15).

Cuando miramos lo que Él hace, puede parecer extraño a nuestra limitada comprensión y no alcanzamos a comprender su significado; pero tampoco necesitamos hacerlo. Es para la gloria de Dios ocultar algo y, si elige hacerlo, que oculto quede. Dios es realmente bueno con Israel y su misericordia perdura para siempre. Si a la historia de este mundo le sigue otra decena de tristes siglos, sólo revelará tanto más los motivos de alabanza cuando resuene el gran aleluya de la victoria final.

Nuestro silencio reverente debiera profundizarse hasta transformarse en vergüenza. Porque, mis hermanos, es muy cierto que la causa de Dios no ha prosperado, pero ¿de quién es la culpa? Si ha habido pobreza, no ha sido en Dios. ¿Dónde, entonces, ha sido? Si la semilla se ha podrido bajo la endurecida tierra o si el gusano se ha comido los verdes brotes, de manera que el segador no ha podido recoger con gozo su cosecha, ¿por qué es? ¿No ha habido pecado entre nosotros, ay, pecado en la iglesia de Dios? ¿Qué si Israel ha retrocedido en el día de la batalla? ¿Qué si hay algo maldito –como la valiosa vestidura babilónica y el oro– en el campamento que un Acán se guardó (Jos. 7)? Dice Dios: “¿Andarán dos juntos, si no estuvieren de acuerdo?” (Am. 3:3). “Y si... anduviereis conmigo en oposición, yo también procederé en contra de vosotros” (Lv. 26:23-24).

En realidad, cuando veo cómo Dios nos ha bendecido, no me sorprende tanto que no nos haya dado más, sino que me asombra que nos haya dado tanto. ¿Bendice él a instrumentos inútiles, a obreros tan indolentes, tan perezosos? ¿Hace algo con herramientas tan incompetentes? ¿Da tesoros a vasijas tan impuras? Sí, y eso debe ser atribuido a su gracia. Pero si no nos usa al máximo, avergoncémonos porque la culpa es nuestra y permanezcamos sentados ante el trono de su gloria. De hecho, ¿qué podríamos decir? No tenemos cargos para hacer contra él, ninguna acusación contra el Altísimo, en cambio, hemos de confesar silenciosamente que nosotros somos los viles (Job 40:4). De nosotros es la vergüenza y confusión.

Vayamos más allá y guardemos silencio de reflexión. Ésta es una era estrepitosa y la iglesia de Cristo misma, es demasiado ruidosa. Me temo que incluimos muy poca adoración silenciosa. No lamento tanto la ausencia de silencio en la asamblea pública como en nuestras devociones en privado, donde tiene una influencia sagrada, santificada, de valor incalculable. Guardemos silencio, ahora, por un minuto y consideremos qué queremos del Señor: *La conversión de miles, el derrocamiento del error, la extensión del reino del Redentor.*

Piensen en las bendiciones que sus almas anhelan recibir. Identifiquenlas bien y luego pregúntense si están preparados para recibir las. Supongamos que les fueran concedidas ahora, ¿están preparados? Si miles de convertidos nacieran en esta iglesia, ¿están preparados para enseñarles, instruirles y reconfortarlos? ¿Lo están haciendo ahora, pueblo cristiano? ¿Están actuando de manera que Dios sabe que están capacitados para hacerse responsables por esos convertidos que están pidiendo? Oran pidiendo gracia: ¿están usando la gracia que ya tienen? Quieren ver más poder: ¿qué del poder que ya tienen? ¿Lo están aprovechando? Si una poderosa ola de avivamiento cubre a Londres, ¿están preparados sus corazones? ¿Están preparadas sus manos? ¿Están preparadas sus billeteras? ¿Están preparados, en todo sentido, para ser parte de la cresta de esa ola de bendiciones? ¡Reflexionen!

Si reflexionan, comprenderán que Dios puede dar a su Iglesia la más grande de las bendiciones y hacerlo en cualquier momento. Guarden silencio y recapaciten, y comprenderán que Él puede dar la bendición por medio de ustedes y por medio de mí. Puede hacer de nosotros, débiles como somos, poderosos instrumentos para derribar bastiones; puede hacer que nuestras pobres manos, aunque no tengan más que unos pocos panes y peces, sean capaces de dar de comer a multitudes con el pan de vida. Consideren todo esto y pregúntense esta mañana en el silencio de sus espíritus: “¿Qué podemos hacer para obtener la bendición? ¿Lo estamos haciendo? ¿Qué hay en nuestra disposición, en nuestra oración privada, en nuestras acciones para Dios que predispusieran a recibir la bendición? ¿Actuamos con sinceridad? ¿Anhelamos realmente estas cosas que decimos anhelar? ¿Podríamos renunciar a nuestros compromisos mundanos para ocuparnos de la obra de Dios? ¿Podríamos dar tiempo para cuidar la viña del Señor? ¿Estamos dispuestos a hacer la obra de Dios y tenemos el corazón para hacerla eficiente y adecuadamente? Guarden silencio y consideren. Le sugiero a cada cristiano que cuando llegue a su casa, se siente un momento ante el Señor en el silencio de la contemplación, con el silencio de la vergüenza y luego con el silencio del cuidadoso pensamiento sobre estas cosas... Aceptemos su Palabra como ley, luz y vida para nuestras almas, y nada menos que eso. Quiera el Señor enviar *ahora* ese silencio solemne a todo su pueblo.

2. RENOVEMOS NUESTRAS FUERZAS. El ruido nos desgasta; el silencio nos alimenta. Estar ocupados en las obras del Maestro es siempre bueno, pero también es necesario que nos sentemos a los pies del Maestro porque, así como los ángeles que se distinguen por su fuerza, nuestro poder para cumplir sus mandatos surge de nuestra respuesta a la voz de su Palabra. Si aún para enfrentar controversias humanas pensar en silencio es una buena preparación, ¡cuánto más lo es para elevar las súpli-

cas solemnes al Eterno! Dejemos que ahora broten los profundos manantiales, dejemos que las solemnidades de la eternidad ejerzan su poder mientras todo dentro de nosotros es quietud.

Pero, ¿cómo es que ese silencio renueva nuestras fuerzas? Lo hace, **primero, dando espacio para que la Palabra fortalecedora penetre el alma y que realmente se sienta la energía del Espíritu Santo.** Palabras, palabras, palabras; tenemos tantas palabras, ¡pero no son más que paja! Pero, ¿dónde está *la Palabra* que fue al principio Dios y estaba con Dios (Jn. 1:1-2)? “¿Qué tiene que ver la paja con el trigo?, dice Jehová” (Jer. 23:28). Queremos *menos* de las palabras del hombre y *más* de la Palabra de Dios. Guardemos silencio, guardemos silencio y dejemos que hable Jesús. Dejemos que nos hablen sus heridas; que nos hable su muerte; que nos hable su resurrección; que nos hable su ascensión y su subsecuente gloria; y dejemos que la trompeta de la segunda venida resuene en nuestros oídos. No podemos escuchar estas realidades gloriosas por el traqueteo de nuestras propias preocupaciones y las discordancias de nuestra sabiduría autosuficiente.

Guardemos *silencio* para poder escuchar la voz de Jesús porque cuando Él hable, renovará nuestras fuerzas. El Espíritu eterno está con su pueblo, pero, a menudo, nos perdemos su poder porque damos más importancia a otras voces que a la de Él. Con la misma frecuencia, nuestra propia voz nos es dañina porque la escuchamos cuando no hemos recibido ningún mensaje del Señor y, por lo tanto, emite un sonido incierto (1 Co. 14:8). Si sólo confiamos en el bendito Espíritu, su influencia misteriosa nos tocará de una manera muy divina y seremos llenos con toda la plenitud de Dios. Tal como hemos visto que la escarcha cede súbitamente a la influencia de una cálida brisa, así cederá nuestro letargo ante su energía soberana. Cuántas veces he sentido en un instante que mi espíritu congelado cede al cálido aliento del Espíritu Santo...Guardemos silencio pues, para que el Espíritu pueda obrar en nosotros. Dejemos que se vayan otros espíritus, que se vaya el espíritu del mundo y el espíritu de la carne y el espíritu del yo y nunca vuelvan; y dejemos que el Espíritu del Siempre Bendito sea oído hablando a nuestro espíritu. Esto renovará nuestras fuerzas.

En segundo lugar, tenemos que guardar silencio para renovar nuestras fuerzas, aprovechando el silencio para considerar con Quién estamos tratando. Le vamos a hablar a Dios acerca de la debilidad de su Iglesia y su lento crecimiento. Guardemos silencio para recapacitar con Quién estamos alegando. Es Dios, el omnipotente, el que puede hacer que su Iglesia sea fuerte y puede hacerlo en un instante. Nos presentamos para suplicarle ahora a Aquel cuyo brazo no es corto y cuyo oído está presto a escuchar. Renovemos nuestras fuerzas mientras pensamos en Él. Si hemos dudado del triunfo definitivo del cristianismo, renovemos nuestras

fuerzas al recordar a Aquel que ha jurado por sí mismo que toda carne verá la salvación de Jehová (Is. 40:5).

Venimos para presentarle nuestros ruegos a Jesucristo. ¡Guardemos silencio y recordemos esas heridas con las que ha redimido a la humanidad! ¿Acaso pueden estas no recibir su recompensa? ¿Se le robará a Jesús el poder que tanto le costó? La tierra es del Señor y Él la libraré de la oscuridad que opacó su brillo en la Caída. Hará brillar este planeta con el mismo esplendor que tenía cuando salió de las manos del Creador omnipotente. Habrá un nuevo cielo y una nueva tierra donde morará la justicia. Pensemos en eso y renovemos nuestras fuerzas. ¿No ha dicho Dios que su Hijo amado repartiría despojos con los fuertes y que todo prosperaría en sus manos (Is. 53:12)? ¿Acaso no será así?

¡Pensemos, también, que estamos por apelar al Espíritu Santo! También aquí tenemos los mismos atributos divinos. ¿Hay algo que no pueda hacer el Espíritu de Dios? Envió lenguas de fuego en el Pentecostés, de modo que partos, medos, elamitas y gente de las demás naciones oyeron simultáneamente el evangelio. Por medio de un solo sermón, hizo que tres mil almas conocieran que el Salvador crucificado era el Mesías. Envió a los apóstoles como llamas de fuego por todo el mundo hasta que toda nación sintió su poder. Puede volver a hacerlo. Él puede sacar a la Iglesia de las tinieblas a la luz del alba (Is. 58:10). Renovemos nuestras fuerzas pensando en esto. La obra por la cual vamos a rogar no es parte nuestra tanto como lo es de Dios. No está en nuestras manos, sino en manos que no pueden fracasar; por lo tanto, renovemos nuestras fuerzas meditando silenciosamente en el Trino Jehová con quien tenemos que hablar.

También en silencio, renovemos nuestras fuerzas recordando sus promesas. Queremos ver al mundo convertido a Dios y Él ha dicho: “Porque la tierra será llena del conocimiento de la gloria de Jehová, como las aguas cubren el mar” (Hab. 2:14). “Y se manifestará la gloria de Jehová, y toda carne juntamente la verá; porque la boca de Jehová ha hablado (Is. 40:5). “Ante él se postrarán los moradores del desierto, y sus enemigos lamerán el polvo” (Sal. 72:9). “Y quitará totalmente los ídolos” (Is. 2:18). Hay mil promesas. Pensemos en eso y, por más difícil que pueda ser la tarea y tenebrosas nuestras perspectivas actuales, no nos atrevamos a dudar cuando Jehová ha hablado y dado su palabra.

Hubiera querido tener un cuarto de hora de silencio para que pudiéramos reflexionar sobre estos temas; pero lo dejo en ustedes, confiando que procurarán buscar en su casa ese silencio y que así renueven sus fuerzas.

Tomado de un sermón predicado el domingo, 3 de enero, 1875, en el Tabernáculo Metropolitano de Newington.



LOS HOMBRES QUE DIOS USA EN UN AVIVAMIENTO

Horatius Bonar (1808-1889)

EL mundo sigue durmiendo su sueño de muerte. Lo ha estado haciendo durante muchas generaciones, a veces, su sueño ha sido profundo, a veces, ligero; no obstante, es un sueño como el del sepulcro, como si estuviera destinado a seguir así hasta que suene la última trompeta, cuando ya nadie dormirá.

Sin embargo, Dios no ha dejado [que el mundo] duerma sin antes darle advertencias. Ha hablado con una voz que puede penetrar los oídos más sordos y vivificar al corazón más frío. Lo ha hecho diez mil veces y lo sigue haciendo, pero el mundo se niega a oírle. Miríadas siguen durmiendo, como si este sueño de muerte fuera una gran bendición para su ser.

No obstante, en cierto sentido, el sueño del mundo nunca ha sido universal. Nunca ha habido una época en la que se pueda decir que nadie estaba despierto. Las multitudes siempre han dormido, pero siempre ha habido un pequeño rebaño despierto. Aun en el sueño más profundo del mundo, siempre hubo hijos de la luz y del día. En medio de un mundo dormido, en todas las épocas, algunos estuvieron despiertos. La voz de Dios los alcanzó, su poder inmarcesible los levantó y recorrieron la tierra, despiertos entre los durmientes, vivos entre los muertos...

Entonces, cuando la voz de Dios despierta no a uno, sino a miles, puede suceder en un solo día –cuando pueblos y distritos enteros parecen levantarse y cobrar nueva vida– ¡qué intensamente, qué indescriptiblemente interesante! Ante tal trance, pareciera que el mundo mismo estuviera despertándose, como si el *shock* que interrumpió el sueño de tantos estuviera por sacudir a todo el mundo a la misma vez. Pero, ¡ay! los indicios de vida pronto desaparecen. Los que aparentemente despertaron vuelven a caer en profundo sueño y el asustado mundo se sume aún más en su triste, desesperada y pretendida propia seguridad.

En mayor o menor escala, la historia de la Iglesia está llena de estos despertares. De hecho, los relatos de tales acontecimientos conforman la verdadera historia de la Iglesia, si es que basamos nuestras ideas en la historia inspirada de la Iglesia que nos da los *Hechos de los Apóstoles*...

Consideremos un momento los instrumentos humanos y su éxito. No-temos su carácter y contemplemos sus triunfos. Eran hombres con pasiones como las nuestras, no obstante, ¡qué maravillosamente bendecidas eran sus obras! ¿De dónde, entonces, surgió su tremendo éxito? ¿Qué clase de hombres eran? ¿Qué armas usaban?

Estaban totalmente *dedicados* a la gran obra del ministerio que habían comenzado. Se sentían infinitamente responsables como mayordomos de los misterios de Dios y pastores nombrados por el Pastor Principal para recoger y cuidar sus almas. Vivían, trabajaban y oraban como hombres de cuyas palabras dependía la inmortalidad de miles. Todo lo que hacían y decían llevaba el sello de su dedicación y anunciaba a todos los que entraban en contacto con ellos que los asuntos que habían sido enviados a proclamar eran de consecuencias eternas; no permitiendo ni siquiera un día de indiferencia o dilación. Pero su fervor no era por emoción: era un propósito firme, pero sereno de hombres que sentían la urgencia y el peso de la causa que les había sido encomendada y sabían que era de una importancia sin igual...

Estaban *decididos a triunfar*. Fue con la absoluta confianza de que iban a triunfar que desde el comienzo emprendieron este magno oficio del ministerio. Desalentarse hubiera significado una vergonzosa desconfianza en Aquel que los había enviado y ser indiferentes a lo encomendado hubiera significado traicionarlo a Él y a su causa. Como guerreros, se concentraron en la victoria y lucharon anticipando el triunfo bajo la dirección de su Capitán. Como pastores, no podían quedarse sentados descansando en la ladera de alguna montaña en el sol, la brisa o la tempestad, como si no les importara su rebaño que se desviaba, balaba y moría. Vigilaban, recogían, se mantenían en guardia y alimentaban a las ovejas encomendadas a su cuidado.

Eran hombres de *fe*. Araban y sembraban con esperanza. A veces tenían que ir llorando al llevar la preciosa semilla; sin embargo, las suyas eran lágrimas de tristeza y compasión, no de desaliento. Sabían que, a su tiempo, cosecharían si no desmayaban, que su obra para el Señor no sería en vano y que un día volverían trayendo sus gavillas... Así era que marchaban adelante con fe y confianza, anticipando la victoria, haciendo frente a sus enemigos, venciendo obstáculos y no estimando preciosa su vida para sí mismos con tal de acabar su carrera (Ver Hch. 20:24) y el ministerio que con gozo habían recibido del Señor Jesús.

Eran hombres *laboriosos*. Se requería de ellos que soportaran la carga y el calor del día. Bien puede decirse de ellos que “despreciaban los

placeres y vivían días laboriosos”¹⁰. Sus vidas son crónicas de trabajo incesante y esforzado del cuerpo y del alma. Tiempo, fuerza, sustancia, salud, todo lo que eran y poseían, ofrecían libremente al Señor: sin retener nada, sin resentir nada; con gozo, agradecimiento, entregando todo a Él, quien los amó y limpió de sus pecados con su propia sangre; lamentando sólo esto: ¡Que tenían tan poco, tan, tan poco para darle a Aquel que tan libremente se dio a sí mismo por ellos!...

Eran hombres *pacientes* No se desanimaban aunque tenían que trabajar mucho sin ver todo el fruto que anhelaban. Seguían sembrando. Día tras día continuaban con lo que a los ojos del mundo parecía una tarea ingrata y estéril. No se cansaban de hacer el bien, recordando el ejemplo del labrador con respecto a su cosecha pasajera: “Mirad cómo el labrador espera el precioso fruto de la tierra, aguardando con paciencia hasta que reciba la lluvia temprana y la tardía” (Stg. 5:7).

Muchos planes buenos han sido abortados por la impaciencia... hombres impacientes por la lentitud del progreso de la obra en sus manos han intentado forzar avivamientos y rara vez han terminado en otra cosa que un calamitoso fracaso o, en el mejor de los casos, un entusiasmo pasajero que sólo sirvió para endurecer una tierra que con un poco más de trabajo paciente hubiera producido una abundante cosecha...

Eran hombres *osados y decididos* Los adversarios podían hostigar y oponerse, los amigos tímidos podían vacilar, pero *ellos* seguían adelante, sin temor a las dificultades ni a la oposición. La timidez cierra muchas puertas que serían de provecho, además, hace que se pierdan muchas oportunidades preciosas, no atrae amigos, en cambio, su apocamiento da fuerzas a cada enemigo. No se pierde nada con la osadía ni se gana nada con el temor. A menudo, se valora la osadía y el vigor mucho más que otras cosas. Aun la valentía y determinación natural logra mucho, ¡cuánto más la valentía creada y sostenida por la fe y la oración...! En nuestra época se necesita más osadía moral, a fin de neutralizar el temor del hombre, *el miedo a la opinión pública*: Ese dios que idolatramos en estos tiempos, que se jacta de su iluminación superior y que todo tiene que pasar el examen de la razón o ser decidido por el voto de la mayoría. Necesitamos fuerza de lo alto para ser fieles en estos días de tribulación, rechazo y blasfemia, ser duros como piedras contra la influencia de las críticas y los aplausos de la multitud, y atrevernos a ser singulares en nombre de la justicia, y luchar, aunque sea solos, las batallas de la fe...

¹⁰ Del poema *Lycidas* (1637) por John Milton (1608-1674).

Eran hombres de *oración*. Es cierto que trabajaban mucho, visitaban mucho, estudiaban mucho, pero también oraban mucho. Abundaban en esto. Pasaban mucho tiempo a solas con Dios, volviendo a llenar sus propias almas del manantial de vida, para que de ellos fluyeran a su pueblo ríos de agua viva. En nuestros días, abundan los que mucho se equivocan en cuanto a este tema. Algunos que realmente quieren alimentar al rebaño y ganar almas, son llevados a usar todas sus energías en deberes y labores externas, pasando por alto la necesidad absoluta de enriquecer, madurar, llenar y elevar sus propias almas por medio de la oración y el ayuno. Es así que se pierde mucho tiempo y se desperdicia el trabajo. Una sola palabra saliendo de una boca que ha recibido el calor celestial por la cercanía con Dios logrará más que otras miles...

Eran hombres *cuyas doctrinas eran firmes*, tanto con respecto a la Ley como al Evangelio. Había profundidad y poder en su predicación, un resplandor y una energía en sus palabras y pensamientos que nos hacen sentir que eran hombres dotados de poder. Su trompeta no emitía un sonido débil o incierto, ni a santos ni a pecadores, ni a la Iglesia ni al mundo... Su predicación parece haber sido intrépida y de mucha hombría, llegando al público con tremendo poder. No era arrebatada. Ni era feroz. No era estridente, era demasiado solemne para serlo. Era masiva, de peso, tajante, incisiva, más cortante que espada de dos filos (He. 4:12)... Por eso tantos caían heridos por ella, como en el caso del reconocido Thomas Shepard de Cambridge (1604-1649), de quien se ha dicho: “Rara vez predicaba un sermón sin que alguno de su congregación no fuera presa de una gran angustia y clamara en agonía: “¿Qué debo hacer para ser salvo?”¹¹

Eran hombres de *conducta intachable y profunda espiritualidad*. Lo que hacían y lo que decían coincidía. Su vida cotidiana era el mejor ejemplo e ilustración de la verdad que predicaban. Eran siempre ministros de Cristo dondequiera que se encontraran o fueran vistos. Nada de frivolidad, nada de amigos del mundo que neutralizaran su predicación o dañaran la obra que trataban de cumplir. Los del mundo no podían decir que ellos se les parecían, ni que fueran hombres que, aunque fieles en el púlpito, olvidaban durante la semana su carácter, su oficio, su misión. Lutero dijo cierta vez acerca de un amigo muy querido y admirado: “Él vive lo que nosotros predicamos”. Lo mismo se aplicaba a

¹¹ Tomado de *Six Sermons by the Late Thomas Prince, A.M.: One of the Ministers of the South Church in Boston* (Seis sermones de Thomas Prince, A.M.: quien fue uno de los ministros de South Church en Boston) (publicado por John Erskine), 60.

estos hombres muy reconocidos cuyos nombres están escritos en el Libro de la Vida...

Citamos el siguiente comentario de Thomas Prince¹² sobre la vida y doctrina de Gilbert Tennent¹³. Éste ilustra algunas de las observaciones de lo dicho anteriormente.

De las terribles y profundas convicciones a las que había arribado luego de las luchas en su propia alma, parecía tener una imagen tan viva de la Majestuosidad Divina, de la espiritualidad, pureza, extensión y de lo estricto de su Ley –con su santidad gloriosa y aborrecimiento del pecado, su justicia, verdad y poder manifestados al castigar a los perdidos– que los terrores mismos de Dios parecían venir a su mente cada vez que los proclamaba y blandía a los ojos de pecadores inconversos. Aunque algunos no podían soportar la presentación y evitaban su predicación, las flechas de la convicción lanzadas en su ministerio parecieron herir profundamente otros corazones y, aun, a algunos de los más recalcitrantes pecadores hasta hacerlos caer ante los pies de Cristo y someterse humildemente a Él.

Tal fue la convicción en centenares de almas en esta ciudad por el ministerio escrutador del Sr. Tennent y tal fue el caso de muchos otros de varias congregaciones, al igual que de la mía, que acudieron a mí y a otros buscando dirección. De hecho, por todo lo que contaban, descubría que no era tanto el terror, sino que la naturaleza escrutadora de su ministerio era el medio principal de su convicción. No era su explicación de los terrores de la Ley y la ira de Dios, ni la condenación del infierno (porque todo eso lo podían soportar bastante bien, razonando que no se aplicaba a ellos o que podrían evitarlo con facilidad), tanto como su vívida exposición de sus muchas excusas vanas y secretas, su apariencia de gracia, sus ilusas y condenadas esperanzas, su total impotencia e inminente peligro de destrucción que los hacía ver que todas sus esperanzas y falsedades no les servían de nada, que les esperaba la ruina eterna, que no podían ayudarse a sí mismos y que estaban perdidos. Esta predicación escrutadora era el medio principal y adecuado de su convicción.

¹² **Thomas Prince** (1687-1758) – Clérigo, erudito e historiador norteamericano.

¹³ **Gilbert Tennent** (1703-1764) – Pastor y evangelista, nacido en el condado de Armagh, Irlanda; uno de los líderes del Gran Despertar en las colonias norteamericanas, junto con Jonathan Edwards y George Whitefield. Era hijo y hermano de otros tres pastores presbiterianos. William Tennent, su padre, emigró a América en 1718 y fue el fundador del colegio teológico en Warminster, Pensilvania, llamado Log College.

Éste fue un tiempo como nunca antes habíamos conocido. Más personas acudían sumamente preocupadas por sus almas a un pastor en un semana, que en el total de los veinticuatro años anteriores de su ministerio.

Como una ilustración de cuán evidente la obra era de Dios y no del hombre, citamos sin comentario los siguientes pasajes tomados de *A Narrative of Surprising Conversions* (Una narración de conversiones asombrosas) por Jonathan Edwards¹⁴:

Es digno de observar en esta época extraordinaria que, de pronto, las personas mostraban un espíritu de profunda preocupación. Algunos estaban en su casa y otros andando por el camino; algunos en el bosque y otros en el campo; algunos mientras conversaban y otros en la soledad; algunos niños, algunos adultos y algunos ancianos, a veces, eran dominados repentinamente por fuertes sensaciones de las grandes realidades del más allá y de las cosas eternas. Pero hasta donde sé, estas cosas sucedían, por lo general, si no [siempre], cuando las personas tenían sus mentes puestas en la Palabra de Dios o en temas espirituales. Mayormente, fue como resultado de la predicación pública que experimentaron estas sensaciones imperecederas.

En todos los sectores de la ciudad y entre gente de todas las posiciones y edades cundió una gran y profunda preocupación por las magnas verdades de la religión y el mundo eternal. El ruido entre los huesos secos aumentó más y más (Ez. 37:4ss). Toda conversación que no fuera acerca de cosas espirituales y eternas era pronto descartada... La mente de todos se apartó maravillosamente del mundo, el cual fue considerado entre nosotros como algo insignificante. Parecían continuar con sus empresas cotidianas más por obligación que por querer hacerlas...

Lo único en su mira era llegar al reino de los cielos y todos parecían dedicados a ese fin. La dedicación de sus corazones a esa meta no podía pasar desapercibida, se les notaba hasta en el rostro. En esos días, era entre nosotros cosa terrible no estar en Cristo, peligrando caer en el infierno en cualquier momento y en lo que estaban concentrados era salvar sus vidas y escapar de la ira venidera (Lc. 3:7). Todos aprovechaban con interés las oportunidades de alimentar sus almas y acostumbraban reunirse con mucha frecuen-

¹⁴ **Jonathan Edwards** (1703-1758) – Predicador congregacional norteamericano, considerado el teólogo evangélico más grande de Norteamérica y reconocido por su predicación durante el Gran Despertar.

cia en casas de familia con fines religiosos y cuando esto sucedía, se abarrotaban de gente.

Casi no había una sola persona en la ciudad, anciana o joven, que no tuviera interés en los grandes temas del mundo eterno. Los que habían sido los más vanos y más indiferentes, y los más propensos a hablar despectivamente de una religión vital y personal, por lo general ahora, eran los que experimentaban un gran despertar. La obra de conversión sucedía de una manera por demás asombrosa y aumentaba sin parar. Las almas acudían a Jesucristo, por así decir, en bandadas. Día tras día, por muchos meses, se podían ver evidencias de cómo los pecadores pasaban de las tinieblas a la luz admirable.

Nuestras asambleas públicas eran hermosas, la congregación activa en la obra de Dios, cada uno se tomaba en serio la adoración pública y acudía con fidelidad, cada oidor ansioso por hacer suyas las palabras del pastor. De cuando en cuando, la asamblea derramaba lágrimas mientras se predicaba la Palabra; algunos llorando con tristeza y desesperación; otros con gozo y amor, otros por lástima y preocupación por el alma de sus prójimos... Los que ya éramos convertidos nos sentimos reavivados y renovados con nuevas y extraordinarias manifestaciones del Espíritu de Dios, aunque algunos mucho más que otros, según la medida del don de Cristo. Muchos que antes habían luchado con dificultades por su propio estado, ahora dejaban de tener dudas debido a una experiencia más satisfactoria y descubrimientos más claros del amor de Dios.

Cuando el hombre se propone lograr alguna empresa grande, realiza esfuerzos prodigiosos como si por el ruido de hachas y martillos proclamara el poder que se imagina y derribara los obstáculos. Cuando Dios se dispone hacer una obra maravillosa, tan maravillosa que asombraría todo el cielo y la tierra, Él ordena que haya silencio por doquier, envía un suave murmullo y luego pone a trabajar un débil instrumento, ¡y acaba esa obra sin dilación! ¡El hombre se afana y se fatiga logrando muy poco; el Creador, en la silenciosa majestad de su poder, quieta pero irresistiblemente, logra con una sola palabra los prodigios infinitos de su omnipotencia!

Cuando Dios se propone acabar con los fríos del invierno y dar comienzo al verdor de la placentera primavera, no envía a sus ángeles para romper en pedazos el grueso hielo o para quitar la nieve de las montañas ni para volver a plantar por toda la faz de la desolada tierra flores de su mano creadora. ¡No! Exhala de su boca una tibieza al aire congelado. Y pronto, en quietud pero en poder irresistible, comienza la obra. El hielo y

la nieve se derriten, los ríos vuelven a correr, la tierra despierta de su sueño, los montes y los valles se cubren de un refrescante verdor, la fragancia de la tierra llena el aire hasta que se levanta en silencio un nuevo mundo de belleza en medio de la disolución del pasado!

Así es el método del trabajo divino, tanto en el mundo natural como en el espiritual: ¡En silencio, sencillo, majestuoso e irresistible! ¡Así fue la Reforma! ¡Así fueron los avivamientos en Escocia bajo nuestros padres del Pacto! Así fue el Kirk o'Shotts¹⁵ en aquel memorable Pentecostés¹⁶ cuando las palabras sencillas de un joven tímido y tembloroso, llevó la salvación a quinientas almas. Así fue Ayr¹⁷ en sus días pentecostales cuando de una solitaria iglesia a medianoche, se alzaron al cielo los suspiros entrecortados de aquel hombre de oración llamado John Welsh (1568-1622). Así fue recientemente en Northampton, cuando Jonathan Edwards velaba y oraba por sus habitantes y cuando, de la cámara de ese hombre santo, surgió el vivo poder que obró maravillas en ese lugar!

¿Se ha acertado la mano del Señor para salvar, se ha agravado su oído para oír (Is. 59:1)?

Tomado del sermón *True Revivals and the Men God Uses* (Avivamientos auténticos y los hombres que Dios usa).



Cuando Dios obra un avivamiento, una de sus principales características es hacer que su pueblo regrese a la Palabra escrita. Consideremos esto cuidadosamente. El avivamiento enviado del cielo no consiste tanto de sentimientos felices y entusiasmo espasmódico ni exhibiciones carnales, ni en la asistencia de grandes multitudes – esas no son muestras de un avivamiento enviado del cielo–. En cambio, cuando Dios renueva su obra de gracia en sus iglesias, uno de sus primeros actos es causar que su pueblo vuelva a la Palabra escrita y las prácticas que han dejado de lado.

—A. W. Pink

¹⁵ **Kirk o'Shotts** – Iglesia en Shotts, Escocia en la que John Livingstone, de Kilsyth, fue investido de gran poder del Espíritu de Dios mientras predicaba. “Quinientos se convencieron de pecado, algunos cayendo al suelo, algunos teniendo que ser llevados afuera del recinto. Otros salían gimiendo de agonía, agonía que seguía durante días. Pero como resultado solamente de ese sermón, quinientas personas, auténtica, permanente y firmemente convertidas, se agregaron a las iglesias. Ese es el tipo de maravillas que sucede en un avivamiento” (D. M. Lloyd-Jones, *Revival*, 116).

¹⁶ **Pentecostes** – usado metafóricamente para significar la gran bendición espiritual que el Señor otorgó ese día.

¹⁷ **Ayr** – Localidad situada en el fiordo de Clyde, al sudoeste de Escocia, Reino Unido.

PREDICANDO PARA QUE HAYA UN AVIVAMIENTO

William Reid (1814-1896)

NUESTRA convicción madura es que lo que más se necesita en la actualidad no es tanto sermones sobre avivamiento y reuniones de oración pidiendo avivamiento, sino *la verdad del avivamiento*. Y esto porque la esencia misma de esa verdad es “el evangelio de Dios... acerca de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo” (Ro. 1:1-3). O, en otras palabras, el testimonio del Espíritu Santo (*externamente* por la predicación de la Palabra e *internamente* por su aplicación espiritual) sobre la total suficiencia y eficacia infalible de “la sangre preciosa de Cristo” (1 P. 1:19). Lo que se requiere por sobre todas las cosas para un avivamiento general de la religión es la proclamación completa, clara, inteligente y sincera de las doctrinas principales y maravillosas “del evangelio de la gracia de Dios” (Hch. 20:24).

No se obtiene un auténtico avivamiento sólo predicando *acerca* del avivamiento, sino por la proclamación constante de la verdad de primordial importancia que emplea el Espíritu Santo para producirla, que “Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios” (1 P. 3:18). El predicador más efectivo en conseguir un avivamiento espiritual, profundo y santo es el que da fundamental importancia a estas tres grandes verdades: “Que *Cristo murió* por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que *fue sepultado*, y que *resucitó* al tercer día, conforme a las Escrituras” (1 Co. 15:3-4). Estoy convencido de que la razón por la cual tantos pastores casi agotan todo su poder de lograr conversiones (*quiero decir como instrumento*) durante sus primeros años de ministerio, mientras que otros lo siguen teniendo y terminan su carrera con gozo, se debe mayormente a que los primeros dejan a un lado la sencillez del mensaje de Cristo y se dedican a escribir sermones sobre temas secundarios, mientras que los últimos hacen del *Cristo crucificado* su alfa y omega¹⁸. ¡Oh, que todos los ministros de Jesucristo volvieran, por lo menos, varios meses cada año a los textos más conocidos sobre los que predicaban los primeros años de su ministerio que eran tan bendecidos para despertar y salvar almas! Que toman

¹⁸ **Alfa y omega** – Primera y última letra del alfabeto griego, por ende, comienzo y final de algo; el enfoque principal.

una serie de aquellos textos como Mateo 11:28, Juan 3:16, Romanos 1:16, 1 Corintios 2:2, 1 Timoteo 1:12-17, 1 Juan 1:7, los volvieran a estudiar y tomar de toda la iluminación de su lectura, de su percepción espiritual y experiencia en su exposición y aplicación de ellos para predicar sobre ellos con el Espíritu Santo y viva fe. Por la gracia del Espíritu Santo acompañando su predicación, los inconversos entre sus escuchas se convertirían inmediatamente y habría un gran avivamiento general y decenas de miles serían agregados al pueblo del Señor.

Es también de suma importancia presentar “la verdad del evangelio” tal como el Espíritu Santo mismo nos la ha presentado en “la palabra de Cristo” (Col. 1:5; 3:16). Bien se ha dicho que: “Perturbar el orden de la verdad de Dios es tan peligroso y mucho más sutil que la negación de la verdad misma. De hecho, revertir el orden es negar la verdad. No sólo tenemos que mantener la obra de Cristo y la obra del Espíritu en su integridad individual, sino también en su orden exacto según las Escrituras”. Creemos que la verdad renovadora –“la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado” (1 Jn. 1:7)– es el gran sol central que esparce raudales de luz sobre la totalidad del sistema de revelación divina. La expiación por el derramamiento de la sangre de Cristo es el fundamento del cristianismo, porque la única razón por la que el pecador puede tener paz con Dios es “la sangre de Jesucristo” (1 P. 1:2). Nosotros, “que en otro tiempo [estábamos] lejos, [hemos] sido hechos cercanos por la sangre de Cristo. Porque él es nuestra paz” (Ef. 2:13-14); “en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados” (Ef. 1:7); por lo tanto “siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre” (Ro. 3:24-25), “justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios” (Ro. 5:1-2).

En el *Catecismo Menor* de la Asamblea de Westminster¹⁹, que es considerado por todo el pueblo ortodoxo²⁰ como un resumen excelente de la doctrina cristiana, encontramos la declaración de esta misma verdad que hemos presentado y confirmado en las citas anteriores y de la que

¹⁹ **Catecismo Menor** – Preguntas y respuestas breves para brindar instrucción básica sobre las doctrinas de la fe cristiana, especialmente a la niñez, escrito por la Asamblea de Westminster, compuesta por 121 teólogos nombrados por el Parlamento Mayor “Puritano”, con el fin de redactar propuestas para reformar la Iglesia Anglicana.

²⁰ **Ortodoxo** – Consistente en sus creencias y adoración con la revelación de las Sagradas Escrituras.

hemos estado escribiendo para publicación casi todos los días en los últimos diez años.

La respuesta a la pregunta en ese catecismo que dice: “¿Qué requiere Dios de nosotros para escapar de su ira y del castigo que merecemos por el pecado?”, comienza con: “Dios requiere de nosotros fe en Jesucristo, arrepentimiento para vida”, etc. Esto muestra que los autores de ese símbolo de sana doctrina fueron exactos en sus concepciones y precisos en su declaración del *orden* y la *posición* de esta gran verdad bíblica. Tenían en mente a una persona ansiosa por saber cómo escapar de la ira y el castigo de Dios que merece por el pecado y ¿la respuesta es acaso que debe orar pidiendo el Espíritu Santo y cambiar su manera de pensar y santificar su impío corazón antes de creer en Jesús? ¡No! Lo primero que enseñan al pecador vivificado, es que *crea en el Señor Jesucristo y sea salvo* (Hch. 16:31).

Esto es aún más sorprendente si consideramos que cuando pusieron por escrito el sistema teológico de la verdad divina, colocaron el *llamado eficaz del Espíritu divino* antes de la *justificación por la fe*. En el primer caso, hablan al intelecto del cristiano convertido e instruido, pero aquí, en el segundo caso, el tema es al revés; cuando un pecador anhelante necesita dirección sobre lo que tiene que hacer para ser salvo, tenemos a la *fe* en Jesucristo antepuesto al *arrepentimiento para vida*. [Esto] nos muestra que creían que –aunque siempre tenemos que reconocer la obra del Espíritu Santo en la regeneración e inspirar en nosotros una fe salvadora– nunca debemos guiar al pecador ansioso que acuda al Espíritu como su Salvador, sino a Cristo únicamente. Nunca dirijamos al interesado a procurar primero un cambio *interior*, sino uno *exterior*, un estado justificado a fin de disfrutar de un corazón santificado, siendo lo primero necesariamente precursor de lo segundo.

El arrepentimiento es, en el sentido estricto del término, un *cambio de mentalidad* o una manera de pensar acerca de Dios; la regeneración es un *cambio del corazón*, un nuevo corazón o sentir con respecto a Dios; conversión es un *cambio de la vida* o una nueva vida para Dios; adopción es un *cambio de familia* o una nueva relación con Dios; santificación es un *cambio de comportamiento* o una consagración de todo a Dios; glorificación es un *cambio de lugar* o una nueva condición con Dios. Pero justificación, que es un *cambio de condición* o una posición ante Dios, es lo que debe ser presentado al interesado como el primer paso, porque ser “aceptos en el Amado” (Ef. 1:6) es el fundamento y la razón de todo o, propiamente dicho, la “preciosa semilla” (Sal. 126:6) de la que brota, florece y lleva fruto todo lo demás. En consecuencia, el primer gran deber de los que tratan con almas vivificadas es que esto sea muy claro y

que se mantengan permanentemente en contacto con la bendita verdad evangélica: “El hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo” (Gá. 2:16).

Por todo lo dicho anteriormente, querido lector, habrá notado que no estoy tratando de establecer la posición de alguna doctrina teológica, sino sencillamente tratando las *necesidades prácticas* del interesado ansioso. Si se pidieran que declarara teológicamente mis pensamientos, diría que se describen por lo que alguien ha llamado *jehovaísmo*: “Porque *de* él, y *por* él, y *para* él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos” (Ro. 11:36). Pero [aquí] no estoy considerando al pecador como si estuviera compareciendo ante el trono de gloria, sino ante el trono de *gracia*. No estoy tratando de resolver alguna pregunta teológica, sino dar una solución práctica a una cuestión urgente sobre *salvación*. No estoy intentando establecer un sistema de divinidad, sino descubrir la clase y el orden de la verdad determinada divinamente y adecuada para dar paz a las almas vivificadas e interesadas. Y esperando lograr este fin primordial, presento a “Jesús solo” (Mt. 17:8), “porque él es nuestra paz” (Ef. 2:14), quien “haciendo la paz mediante la sangre de su cruz” (Col. 1:20), “vino y anunció las buenas nuevas de la paz” (Ef. 2:17) con su “evangelio eterno” (Ap. 14:6) a los que estaban lejos y a los que estaban cerca (Ver Ef. 2:13).

El primer paso práctico para comprender y reconocer la soberanía de Dios es para que “la paz de Dios gobierne en vuestros corazones” (Col. 3:15). Uno puede profesar un credo sano con un corazón orgulloso y no quebrantado, y justamente por eso, estar más profundamente condenado. Pero si queremos conocer a Dios en toda la gloria de su ser y sus atributos, hemos de comprender la manifestación de esa gloria, tal como se personifica y manifiesta en la persona de Jesucristo. Se puede conocer la gloria de Dios como Soberano, sólo conociendo su *gracia* como Salvador. Porque “Dios fue manifestado en carne” (1 Ti. 3:16). “Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad” (Jn. 1:14); “ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiere revelar” (Mt. 11:27).

*Una mente en “perfecta paz” con Dios; ¡Oh, qué palabras estas!
Un pecador reconciliado por la sangre; ¡Paz, esto, esto sí que es paz!
Por naturaleza y por las acciones, lejos –¡qué lejos de Dios estaba!–
Pero por gracia acercado a él, por fe en la sangre de Jesús.
Tan cercano, tan cercano a Dios, que más cerca no podría estar;
porque en la Persona de su Hijo, ahora igual de cerca que Él estoy.
Tanpreciado, tanpreciado para Dios, máspreciado no podría ser;*

*El amor con el que ama al Hijo, es el amor con que me ama a mí.
¿Cómo podría alguna vez estar temeroso, si este Dios, mío es?
Noche y día me guarda y me dice: “Lo mío tuyo es”.*

Tomado del folleto *The Blood of Jesus* (La sangre de Jesús).
Disponible en CHAPEL LIBRARY (en inglés).

William Reid (1814-1896): Pastor presbiteriano escocés.



Los hombres pueden cambiar de iglesia, pero sólo cambian su refugio de mentiras. ¡Pero si acuden a Cristo, sea cual fuera la iglesia en la que están, si lo han encontrado a Él y confían en Él y sólo en Él, su paz será como un río y su justicia como las ondas del mar! —*Charles Spurgeon*

Sin duda, puede haber mucho entusiasmo en un auténtico avivamiento, pero la exaltación no es un elemento indispensable; puede haber mucho y no ser de ninguna manera un avivamiento. —*B. B. Warfield*

DOCTRINAS CRUCIALES Y AVIVAMIENTOS

David Martyn Lloyd-Jones (1899-1981)

LA doctrina de la *justificación solo por fe* es absolutamente esencial. Nunca ha sucedido un avivamiento sin que esta doctrina volviera a ser predominante. La justificación por la fe significa el final de todo lo que egocéntricamente pensamos de nosotros mismos y lo bueno que supuestamente somos, todas nuestras buenas obras, nuestra moralidad y todos nuestros actos. Si observamos las historias de los avivamientos, encontramos que hombres y mujeres desesperados saben que todo lo bueno en ellos no son más que trapos de inmundicia y que toda su justicia no tiene ningún valor. Allí están, sintiendo que nada pueden hacer y suplicando a Dios su misericordia y compasión. Justificación por la fe. El acto de *Dios*. “Si Dios no nos la provee”, dicen, “estamos perdidos”. Entonces, esperan totalmente impotentes ante Él. No piensan ni le dan importancia a toda su religiosidad del pasado, toda su fidelidad en asistir a la iglesia y muchas, muchas cosas más. Comprenden que no todo es bueno, incluso su religión carece de valor; no hay nada de valor en los esfuerzos humanos para alcanzar la justificación. Dios es quien tiene que justificar al impío. Por lo tanto, ese es el gran

mensaje que se propaga en cada periodo de avivamiento... Es el conocimiento de la justificación por la fe lo que realmente lleva al derramamiento del Espíritu. Siempre lo ha sido. Por eso, no podemos darnos el lujo de descuidar ni ignorar esta doctrina crucial.

La otra es, por supuesto, la doctrina de la *regeneración*... ¿Qué es lo que nos hace cristianos? La obra de regeneración: El Espíritu Santo de Dios haciendo una obra en lo profundo de la personalidad y poniendo allí un nuevo principio de vida, algo absolutamente nuevo, de modo que de su intervención surja un “hombre nuevo”. Esa es una doctrina que siempre abunda en cada periodo de avivamiento y nuevo despertar. Así es como, en esos momentos, se obtienen invariablemente estos cambios extraordinarios y dramáticos. Hombres que habían sido desahuciados totalmente y que habían sido descartados, aun por sus familiares y amigos más queridos; hombres que se habían desahuciado a sí mismos, sintiéndose insalvables, sintiéndose totalmente impotentes, sintiéndose rechazados por todos y por Dios; de pronto sucede esta obra y se encuentran con que son nuevas criaturas, con una manera nueva de ver la vida y ansiosos por vivir una vida totalmente nueva. La *Regeneración*, pues, se destaca en el recuerdo y en la historia de cada avivamiento que ha sucedido a lo largo de la historia de la Iglesia cristiana. En otras palabras, todo lo que tiene que ver con un avivamiento, enfatiza la actividad de este Dios soberano. Está interviniendo. Está obrando. Está actuando. Y esto lo demuestran muy claramente los resultados y los efectos de la obra de regeneración.



No diría una palabra dura si no me sintiera obligado a hacerlo, pero me siento constreñido a recordar a nuestros hermanos que el hecho de que Dios envíe el avivamiento que quiera, no los exonera de la culpa terrible de haber sido ociosos y tardos en anunciar el mensaje de salvación durante estos últimos veinte años. Sean salvos todos los que ahora viven, pero ¿qué de los que han sido condenados mientras nosotros dormíamos? Recoja Dios a multitudes de pecadores, pero ¿quién responderá por la sangre de aquellos que han pasado a la eternidad mientras nosotros seguíamos viviendo de una manera rutinaria, satisfechos de caminar por la senda de la conveniencia y andar por la de la rutina aburridora, sin derramar nunca lágrimas por los pecadores, ni agonizar por las almas? —*Charles Spurgeon*

¡Ay! Hombres y hermanos, qué daría este corazón por sentir que pudiera yo creer que hay algunos entre vosotros que irían a su casa y allí orarían por un avivamiento religioso, hombres cuya fe es bastante grande y su amor es bastante ferviente como para llevarlos, desde este momento, a practicar intercesiones *incesantes* para que Dios aparezca entre nosotros y realice aquí obras prodigiosas como en los tiempos de generaciones anteriores.

—*Charles Spurgeon*

EL EFECTO DEL AVIVAMIENTO

Jonathan Edwards (1703-1758)

NO importa cuáles hayan sido las imprudencias, no importa cuáles las irregularidades pecaminosas, ni el frenesí de las pasiones, ni la intensidad de la imaginación, de las enajenaciones y éxtasis; no importa la falta de criterio ni las indiscreciones y no importa cuáles hayan sido los clamores, desmayos y agitaciones físicas; el caso es que, evidente e indudablemente hay, en última instancia, una influencia poco común que ha tenido el mejor de los efectos sobre la mente de una gran parte de los habitantes de Nueva Inglaterra.

Hay un gran aumento de la seriedad y sobriedad con que se consideran las cosas eternas: Una disposición a escuchar con atención y afecto lo que se dice de esas cosas; una disposición a considerar a los temas religiosos con seriedad y como de gran importancia; hacer de estas cosas tema de conversación; escuchar la Palabra de Dios predicada y aprovechar toda oportunidad para hacerlo; asistir a los cultos y cumplir los deberes externos de la religión de una manera más formal y decente, con el resultado de que hay un notable cambio general en Nueva Inglaterra.

Multitudes de personas vanas, irreflexivas e indiferentes en todas partes, han cambiado de manera significativa y son ahora serias y consideradas. Ha aumentado en gran manera la preocupación por la salvación del alma y por la pregunta “¿qué debo hacer para ser salvo?” (Hch. 16:30-31). Los corazones de las multitudes se han apartado en gran manera de las cosas del mundo: Sus ganancias, placeres y honores. Sus conciencias han despertado y sensibilizado en cuanto a la naturaleza perniciosa y a las consecuencias del pecado, y se han percatado de qué terrible es estar bajo la culpa y desaprobación de Dios y vivir sin paz ni reconciliación con Él. También han despertado al sentido de la brevedad e incertidumbre de la vida, a la realidad del más allá y un juicio futuro, y de la necesidad de saber más de Cristo. Le temen más al pecado y tienen más cuidado, y se interesan más por saber lo que es contrario a la mente y voluntad de Dios a fin de evitarlo, quieren conocer lo que requiere de ellos para poder hacerlo; se cuidan más de las tentaciones y cuidan mejor sus propios corazones, anhelando sinceramente conocer los medios que Dios ha estipulado en su Palabra para ser salvo y ser diligentes en usarlos. Muchos pecadores insulsos, inconscientes y vanidosos han despertado sustancialmente.

Hay un cambio extraño en los jóvenes de casi toda Nueva Inglaterra. Por una influencia invisible y poderosa sobre sus mentes, en general, han renunciado de inmediato, por así decirlo, a las cosas que más les gustaban y en las que parecían basar su felicidad; cosas que antes nada los movía a renunciar, como sus diversiones superficiales, organizar y asistir a fiestas, divertirse cometiendo excesos, andar con malas compañías y de noche vagar de aquí para allá haciendo lo que no deben, con lenguaje soez y cantos vulgares. Antes, en vano procuraban los pastores predicar contra todo eso y en vano era también toda intervención de las autoridades. [En cambio] ahora han dejado de hacer todo eso y esto por su propia cuenta.

Hay un cambio grande entre adultos y jóvenes en cuanto a la bebida, frecuentar los bares, usar lenguaje profano y ropa inapropiada. Muchas personas, evidentemente inmorales, se han reformado y son, palpablemente, nuevas criaturas. Lo mismo ha pasado con algunos que son adinerados y superficiales –incluyendo algunos hombres que daban demasiada importancia a lo que vestían y a las apariencias, que parecían no poder pensar en otra cosa que en el exhibicionismo y placeres del mundo– han cambiado maravillosamente y han dejado estas vanidades. Son ahora serios, han muerto al pecado y son humildes en su conversación.

Es *asombroso* ver el cambio en algunas ciudades donde antes se veía poca religión y, desafortunadamente, muchos vicios y vanidad. Ahora sus pobladores han sido transformados y son otra clase de gente. Su anterior disposición y conducta mundana y viciosa parece haber desaparecido. Sus pensamientos, sus palabras, sus preocupaciones, afectos y preguntas son ahora sobre el favor de Dios, con gran interés en Cristo y con un corazón renovado para santificación y bendición, aceptación y felicidad espiritual en un mundo futuro.

Ahora, en la mayor parte de Nueva Inglaterra, la Santa Biblia es estimada y usada mucho más que antes. Las grandes verdades que contiene, se consideran de mucha mayor consecuencia y son objeto de mucha más meditación y conversación. Otros libros cristianos que desde hace tiempo han sido reconocidos por su excelencia y por promover verdadera santidad, son ahora usados con más asiduidad. El Día del Señor se guarda más sagrada y estrictamente. Y mucho se ha hecho últimamente para salvar diferencias entre unos y otros, confesarse mutuamente las faltas y hacer restitución donde correspondía. Me atrevo a afirmar que así ha sido en los dos últimos años más que en los treinta años anteriores. Y asombra ver que, en muchos casos, el poder de este espíritu ha sido determinante para arrasar con viejos resentimientos, para enmendar antiguas rupturas y para hacer que enemigos irreconciliables se

abracen con una sincera y total reconciliación. Bajo esta influencia, un gran número de personas ha tenido un profundo sentido de su propia pecaminosidad y vileza; lo pecaminoso de sus vidas, la extrema maldad de su ultraje a la autoridad de Dios y de vivir despreciando al Salvador. Han lamentado su anterior negligencia por sus almas y por haber desperdiciado tanto tiempo. Los pecados les han sido revelados de manera extraordinaria y han tenido una fuerte convicción de la dureza de sus corazones, su oposición a lo que es bueno y su inclinación por todo lo que es malo. [También han tomado conciencia] de la inutilidad de sus propias prácticas religiosas, qué indignas de Dios eran sus oraciones, alabanzas y todo lo que hacían en su religión. Ha sido común ver que las personas que han tomado conciencia de su propia pecaminosidad, se consideraban las peores del mundo, creyendo que nunca hubo nadie tan vil como ellas. Muchos parecen haber estado totalmente convencidos de que eran totalmente indignos de misericordia alguna de parte de Dios – no importa lo desgraciados que eran y, aunque su necesidad de misericordia era extrema, pensaron que no merecían más que el fuego eterno—. Han reconocido el hecho que Dios hubiera sido totalmente justo y recto en darles un castigo eterno, a la vez que han tenido un sentido conmovedor de lo terriblemente espantoso que serían dichos tormentos sin fin y del tremendo peligro que corrían. Muchos han sido afectados profundamente por un sentido de su propia ignorancia, ceguera y colosal impotencia e, igualmente, de su extrema necesidad de compasión y ayuda divina.

Multitudes en Nueva Inglaterra han tenido recientemente una convicción nueva y grande de la verdad y certeza de las verdades del evangelio. [Han sido traídos] a una convicción firme de que Cristo Jesús es el Hijo de Dios y el gran y único Salvador del mundo y que las grandes doctrinas del evangelio de reconciliación por su sangre, aceptación de su justicia y vida eterna, y salvación en Él, son verdades indubitables. Tienen un sentido conmovedor de la excelencia y suficiencia de este Salvador y de la gloriosa sabiduría y gracia de Dios que ilumina este camino de salvación; de las maravillas del amor del Cristo agonizante y la sinceridad de Cristo en el [llamado] del evangelio. Han tenido la experiencia de una consecuente seguridad y un dulce descanso del alma en Cristo como su glorioso Salvador, roca fuerte y elevada torre, acompañado de un discernimiento admirable y exaltado de la gloria de las perfecciones divinas; la majestad, santidad, gracia soberana, etc. de Dios, con un amor sensible, fuerte y dulce hacia Dios y un deleite en Él que supera por mucho todos los deleites temporales o los placeres terrenales. [Han experimentado] un descanso del alma en Él, como una porción y la fuente inagotable de todo bien. Y esto ha sido acompañado por

un aborrecimiento al pecado, el odio a sí mismo y sinceros anhelos del alma por más santidad y conformidad con Dios, y un sentido de la gran necesidad de la ayuda de Dios para poder alcanzar una santidad de vida.

Unidos, han desarrollado un amor muy tierno hacia todos los que consideran hijos de Dios, un amor por la humanidad en general y una compasión muy sensible y tierna por el alma de los pecadores y, consecuentemente, anhelos sinceros por la extensión del reino de Cristo en el mundo. Estas cosas han aparecido acompañadas de un deseo permanente por vivir una vida santa, grandes lamentos por la corrupción que todavía queda y un afán por ser más libres del cuerpo de pecado y muerte. No sólo se aplican estos efectos a los nuevos convertidos, sino también a un gran número de los que ya antes eran considerados creyentes muy sobrios y piadosos. Estos han sido tremendamente vivificados bajo la influencia de esta obra y sus corazones se han renovado con más iluminación, arrepentimiento y humillación; han sido evidencias más vivas de su fe, amor y gozo en el Señor. Muchos se han dedicado a velar, lidiar y luchar contra el pecado, echar fuera todo ídolo, vender todo y consagrar las ganancias para la obra de Cristo, entregarse totalmente a Dios y hacer un sacrificio de cada cosa mundana y carnal por el bien y la prosperidad de sus almas. Y, últimamente, hemos visto en algunos lugares una disposición inusual de comprometerse a esto haciendo un pacto solemne con Dios.

Ahora, en lugar de frecuentar tanto las tabernas y en lugar de que los jóvenes anden en sus fiestas mundanas, proliferan las reuniones de personas de todas clases y edades –jóvenes y mayores, hombres, mujeres y niños– para leer, orar, cantar alabanzas y dialogar acerca de las cosas de Dios y del más allá. En muchísimos lugares, el tema de las conversaciones gira alrededor de temas religiosos y de naturaleza espiritual. En lugar de diversiones vanas entre los jóvenes, ahora derraman lágrimas por un sentido de culpa por el pecado y manifiestan una santa alegría en Cristo Jesús. En lugar de sus cantos vulgares, cantan ahora alabanzas a Dios y al Cordero que fue sacrificado para redimirlos con su sangre. Y este cambio ha sido multitudinario en el último año y medio, sin ninguna indicación de retroceder a los vicios y vanidades anteriores.

El poder divino de esta obra ha aparecido maravillosamente en algunos casos que conozco, sosteniendo y fortaleciendo el corazón bajo grandes sufrimientos, como la muerte de un hijo y dolor físico extremo; y manteniendo maravillosamente la serenidad, la calma y el gozo del alma y su paz inamovible en Dios y dulce resignación ante Él. Algunos que han pasado por el valle de la sombra de muerte, bajo las influencias

benditas de esta nueva vida, lo han hecho con una mentalidad apacible, con optimismo y evidente gozo.

Dudo que haya algún pastor en esta región que, de domingo a domingo, no ore para que Dios derrame su Espíritu y obre una reforma y avivamiento de la religión en nuestro territorio y nos aparte de nuestra intemperancia, profanidad, impurezas, mundanalidad y otros pecados. Año tras año, hemos tenido públicamente días de ayuno y oración a Dios para reconocer nuestras faltas, [para] humillarnos por nuestros pecados y para procurar el perdón de Dios y transformación por obra de Él.

Tomado de “Some Thoughts Concerning the Present Revival of Religion in New England” (Algunos pensamientos sobre el avivamiento actual de la religión en Nueva Inglaterra) en *The Works of Jonathan Edwards* (Las obras de Jonathan Edwards), Tomo 1, 374-75, The Banner of Truth Trust, www.banneroftruth.org.

Jonathan Edwards (1703-1758): Predicador congregacional norteamericano, reconocido por su predicación en el Gran Despertar, como lo fue George Whitefield; nacido en East Windsor, Colonia de Connecticut.



Nunca podemos tratar con demasiada seriedad el tema de la salvación, ni la de un solo perdido. Es cierto que no son pocos los que están orando por un avivamiento mundial, pero le parece a este escritor que sería más puntual y bíblico orar al Señor de la cosecha, que levante y envíe obreros que prediquen sin temor y con fidelidad esas verdades indispensables para que haya un avivamiento. —*A.W. Pink*

Los avivamientos comienzan con el propio pueblo de Dios: El Espíritu Santo toca nuevamente su corazón y les da nuevo fervor, compasión, celo, nueva luz y vida. Después de que se nos presenta de esta manera, se dirige al valle de huesos secos... ¡Ay, qué responsabilidad tiene la Iglesia de Dios! ¡Si lo entristecemos y así apartamos o si obstaculizamos su visita, entonces el pobre mundo que parece sufre inmensamente! —*Andrew Bonar*

Un avivamiento, tal como una conversión auténtica, es forjado por Dios por medio de la Palabra; la Palabra aplicada por el Espíritu Santo, por supuesto. Por lo tanto, hay algo más necesario (de nuestra parte) que la oración: La Palabra de Dios tiene que ocupar un lugar, un lugar prominente, *el* lugar prominente. Sin eso, no habrá avivamiento, por más entusiasmo y actividades emocionantes que haya. —*A. W. Pink*

Creo que no sabemos casi nada de esa compasión profunda y amor ansioso por un mundo que parece, lo cual, como santos, debiéramos sentir todo el tiempo.

—*Horatius Bonar*